



CON LUIS CHÁVEZ OROZCO

Nuestras entrevistas con Luis Chávez Orozco se realizaron en un ambiente sumamente agradable y acogedor. En la hermosa biblioteca de su residencia en Cuernavaca, rica en documentos raros que nos iba mostrando a medida que progresaban las entrevistas, pasamos varios domingos escuchando sus interesantes interpretaciones y anécdotas sobre la historia de México, mismas que continuaban aún a la hora de la comida del mediodía, cuando no teníamos la grabadora a la mano.

El enfisema pulmonar, que lo consumía poco a poco, lo obligó a vivir desde 1957 en Cuernavaca, pues en esa ciudad la altura es más moderada y el aire más puro que en la Ciudad de México. Era notable cómo el sentido del humor, la vitalidad y la claridad con que se expresaba, hacían contraste con el semblante azulado que reflejaba la mala circulación que, por falta de oxígeno, se manifestaba también a intervalos, con respiraciones agitadas. Pero una vez que tomaba oxígeno, durante un breve descanso después de la comida, estaba otra vez dispuesto a continuar nuestras pláticas hasta el atardecer. No era extraño que algún joven investigador llegara *impromptu* para utilizar sus documentos o pedirle orientación al maestro Chávez Orozco sobre tal o cual tema histórico. Él siempre atendía a todos con igual consideración y los invitaba a que se sentaran a escuchar nuestra entrevista si así lo deseaban.

LUIS CHÁVEZ OROZCO

Niñez y primera juventud.—Juicio sobre movimientos revolucionarios de México anteriores a 1910.—Continuidad y discontinuidad en la historia de México.—Subconsciencia prehispánica e influencia del mestizaje.—Orígenes de la Revolución Mexicana: el caudillismo y la explotación del indígena.—Orígenes del caudillismo mexicano.—Antonio López de Santa Anna y el caudillismo.—Porfirio Díaz y la unidad de México.—Lázaro Cárdenas y el tema del caudillismo.—Ideología y sucesos personales en la vida del entrevistado.—La educación socialista y la Iglesia.—La política de Cárdenas en la elección de 1940 y la actuación del entrevistado.—Sobre indigenismo.—Discusiones sobre socialismo, comunismo, y política del Estado.—Política indígena.—¿Problemas raciales?—La "llamada burguesía mexicana" y la revolución comercial.—La situación del campesino después de 1940.—Sobre Vicente Lombardo Toledano y la política nacional.—Cardenismo y alemanismo.—El balance del cardenismo.—Algunos datos personales e intervención en la política.

NIÑEZ Y PRIMERA JUVENTUD

7 de junio de 1964

James W. Wilkie (JW):

Sr. Chávez Orozco, quisiéramos comenzar por hacerle preguntas acerca de su historia personal, su niñez, dónde nació y qué hizo su familia.

Luis Chávez Orozco (LCHO):

Yo nací en la ciudad de Irapuato, del estado de Guanajuato, en el mes de mayo, si no me equivoco —porque es una fecha que suele olvidarse en México— en el mes de mayo de 1901. Mi padre, que ya murió,¹ don Luis Chávez Valdivia, era un terrateniente que además de ser dueño de la hacienda llamada “La Quesera”, rentaba una hacienda muy importante llamada “La puerta de San Juan”, en donde pasé muchos años de mi niñez y de mi primera juventud, razón por la cual puedo afirmar que el régimen semifeudal de las postrimerías del porfirismo fue un fenómeno que observé con mis propios ojos, y que casi podría afirmar que resentí en mi propia sensibilidad. Yo me di cuenta del resentimiento que había en el alma campesina en contra de los patronos, de los terratenientes, de una manera casual.

Alguna vez, siendo yo muy niño, tan niño que no podía manejar muy bien el caballo —un caballo muy manso—, acompañé a mi padre a ver los trabajos de construcción de una presa. Nos fuimos por la cresta del bordo, y allí se presentó esta escena que no puedo olvidar: en sentido contrario a la dirección que yo llevaba venía una campesina. La cresta del borde era muy estrecha. Entonces yo, no pudiendo manejar muy bien el caballo, y con el objeto de evitar que éste fuera a resbalarse a lo largo del bordo, sin desearlo ni remotamente, mi caballo le dio con el pecho a la campesina un pequeño golpe que la obligó a sentarse. Como digo, ni pude bajarme del caballo para

¹ Raimundo Sánchez (1882-1954).

ayudarla a levantarse, ni se me ocurrió siquiera. Pero lo que para mí es una escena clarísima entre mis recuerdos es la mirada de odio que me lanzó la campesina. Y eso me llenó de cuidado y de miedo.

Y esto se manifestó de una manera terrible, porque a partir de entonces, con mucha frecuencia yo soñaba que yendo por un camino llamado el Camino de San Luisito era asaltado por unos revolucionarios; iba en el mismo caballo blanco y viejo que me llevaba a lo largo del borde de la presa cuando era asaltado yo por los campesinos. Pero esto era una pesadilla diaria. De tal manera, que yo casi puedo afirmar que enfermé de una manera bastante grave. Con esto les quiero decir que la Revolución fue para mí desde antes de estallar ---porque esto que les relato fue antes de estallar la Revolución---, la Revolución fue para mí un espectáculo que estaba esperando constantemente. Y yo, como niño, cosa terrible, sentía un horror espantoso al momento de ir a descansar en la noche, porque tenía miedo que se fuera a repetir otra vez la escena del asalto de los campesinos.

Les doy a ustedes este dato para que comprendan el porqué desde muy joven empecé a observar con sumo cuidado el desarrollo de la Revolución Mexicana.

JW: ¿En qué año fue?

LCHO: Pues esto de que les hablo es en el año más o menos de 1907 o 1908, cuando yo tenía seis o siete años. Entonces era yo realmente un niño cuando sobrevino aquella escena que tanto me conmovió y que después influyó tantísimo en el interés que puse en el desarrollo de la Revolución.

Sin embargo, esto no se debe tener como una excepción, porque los hombres de mi generación, desde muy temprano, pero desde muy temprano, empezaron a interesarse en la Revolución. No había niño de doce o catorce años que no estuviera vigilando el desarrollo de la Revolución a través de los periódicos, cosa que suele no suceder en algunas ocasiones en las vidas de los pueblos. Es decir, que los niños jóvenes están un poco al margen de todos estos sucesos y consecuentemente no influían en ellos.

JW: ¿Usted había entrado a la primaria?

LCHO: Sí, había entrado a la primaria, primero a una particular, privada, de las primitivas escuelas que todavía podemos considerar como herederas de la época colonial. Es decir, dos mujeres grandes, muy ignorantes, que apenas saben leer, que tienen problemas económicos y que entonces en su casa abren una escuelita. Hasta en diminutivo se le llamaba. Era una especie de precursor del *kindergarten*. Después pasé a un colegio ya formal, el colegio de los maristas. Los maristas constituyen una orden dedicada exclusivamente a la educación de la niñez y de la juventud. Hay una gran cantidad de maestros franceses en esa orden. Y en Irapuato, casi todos los maestros eran franceses.

Después, cuando nos fuimos a vivir a León, yo continué estudiando con los mismos maristas en un instituto que se llamaba Instituto Soyano —notabilísima escuela, no solamente porque aprendíamos, si no a hablar, sí a leer el francés y por la importancia extraordinaria que los maestros le ponían al estudio de las ciencias exactas, principalmente las matemáticas.

JW: ¿En qué año fue que se trasladó a León?

LCHO: En el año de 1909. Ingresé al instituto de León como interno. Estuve en 1909, 1910, y a partir de 1911. Después mi familia, en 1911, se trasladó a León. Entonces yo seguí estudiando como externo.

JW: ¿Por qué se trasladó la familia?

LCHO: Pues, en primer lugar, realmente el único factor que determinó el traslado de la familia de Irapuato a León, fue el deseo de mi padre de estar vigilando nuestra educación. Mi padre fue un celosísimo padre, amantísimo de entregar todos los recursos suyos para la educación de sus hijos. Y esto es singular, porque no todos los padres en aquella época eran como él: un verdadero fanático de la educación. Quizás porque había recibido una educación muy escasa, él quería que todos sus hijos recibieran la mejor educación. Recuerdo que alguna vez decía, hablando de lo lucrativo que era la cría de cerdos en su hacienda, que él sostenía la educación de sus hijos con lo que le producía aquella cría y engorda de cerdos. Porque nosotros somos una familia muy numerosa; éramos siete hombres y dos mujeres; cinco hombres estábamos de internos y una de las mujeres, la mayor, estaba de interna en Morelia. Entonces, eran seis internos, y siendo barata la educación de aquella época, de todas maneras el gasto era muy considerable. Por eso fue, repito, que nos trasladamos a León. Tan interesado estaba mi padre en nuestra educación, que abandonó sus conexiones comerciales en Irapuato para trasladar a toda la familia a León.

Es cierto que mi padre ya estaba muy trastornado en sus bienes y en sus negocios a causa de la Revolución —ya los revolucionarios habían incendiado la casa de la hacienda de “La Puerta de San Juan”—, y como es natural, mi padre tenía temores de ir a la hacienda, por el resentimiento de todos los peones, que estaban sumamente exaltados. Si no recuerdo mal, uno de los peones fue un famoso criminal que fue expulsado por mi padre de “La Puerta de San Juan” y se vino a radicar a México: el famoso Tigre de Santa Julia, un hombre feroz. Y mi padre lo sacó de “La Puerta de San Juan” y él se vino a México. Con esto le quiero decir a usted que mi padre ya tenía la experiencia de la agresividad del campesino, y para no correr riesgos se puede decir que casi abandonó sus bienes con el consiguiente perjuicio. A poco vendió el ganado, y de esa manera se puede decir que mi padre abandonó aquella actividad agrícola, que era terriblemente peligrosa en aquella época.

JW: Tuvo que salir del campo y dejarlo todo allá con los campesinos.

LCHO: Con los campesinos, sí. Este dato de mi padre no es una cosa excepcional. Con esto quiero decir que siendo una revolución la Mexicana, campesina por excelencia y enderezada en contra de los terratenientes, el terrateniente, si no es excepcionalmente, jamás, jamás tomó las armas para luchar en contra de los campesinos. Se retiró a las ciudades y abandonó sus bienes. Quizás la destrucción hubiera sido mayor, porque claro, al calor de la lucha, pues se destruyen muchas cosas. Pero aun así, la Revolución de 1910 fue casi tan destructora en ese aspecto como la guerra de Independencia. (La guerra de Independencia fue una cosa tan terriblemente destructora, que alguien de los contemporáneos calcula que ese episodio de nuestra historia le costó a México alrededor de mil millones de pesos de aquella época, es decir más o menos unos diez millones de libras esterlinas, que es una cosa colosal. Y México inicia su vida independiente en medio de aquella penuria espantosa.) Pues bien, la Revolución de 1910 no fue tan destructora como la guerra de Independencia, pero sí sumamente destructora, como lo pueden ustedes comprobar paseando por las haciendas que están aquí alrededor de Cuernavaca. Son verdaderos castillos feudales, quizás más resistentes que un castillo feudal francés, y sin embargo destruidos.

La ira de los campesinos era terrible, terrible, y sus dirigentes no tenían capacidad para contenerlos. Ésta es una de las cosas por las cuales las revoluciones en México determinan una etapa casi estéril en la vida de México. Los grandes caudillos, repito, no se sienten con suficiente fuerza para contener la ira del campesino; entonces el campesino se entrega a una tarea destructora por excelencia.

Esto también vale la pena acentuarlo porque es excepcional. En México no hubo más de un caudillo que se opusiera a la destrucción de los bienes: José María Morelos y Pavón. A Morelos lo quieren hacer resaltar como un genio de la guerra. No hay tal genio de la guerra. El genio de Morelos está en su concepción social. Él planteaba con una nitidez cosas como ésta: la revolución de Independencia necesita recursos para llevarse a cabo, pero esos recursos no los podemos obtener, afirmaba, destruyendo la riqueza de los ricos. Vamos a adueñarnos de las posesiones de los ricos españoles. Vamos a administrar esas posesiones y con los productos de esa administración vamos a sostener la guerra. Es decir, una idea completamente moderna. Ése es el único caudillo en México que de veras ha luchado porque la revolución no sea un fenómeno destructor. Y en la Revolución Mexicana, ni Emiliano Zapata, ni Álvaro Obregón, ni nadie, tuvieron la capacidad para evitar esa destrucción, ni llegaron a plantear las cosas como lo hacía Morelos, es decir:

“No hay que destruir los bienes de los enemigos, hay que aprovecharlos en beneficio de la Revolución”.

Volviendo otra vez a mi vida como niño y como joven, les decía que ingresé en el Instituto Soyano de León en 1909, un colegio donde la mayor parte de los maestros eran franceses y de donde la mayor parte de los alumnos salíamos con habilidad suficiente para leer una obra en francés. En este colegio se le daba una importancia enorme al estudio de las ciencias exactas, principalmente al estudio de las matemáticas. Le doy el dato porque en efecto yo estuve inclinado, muy inclinado, a seguir la carrera de ingeniero, como todos mis hermanos lo hicieron. Pero terminada mi educación primaria, inicié la secundaria en el Colegio del Estado de León (en la Ciudad de México), en donde hice mi primero y mi segundo curso. Ya no quise seguir el tercero. Será un fenómeno ocasionado por mi carácter, porque estando en mala situación mi familia, de todas maneras podía sostenerme en el curso de tercer año de secundaria, pero preferí salirme del colegio, dedicarme a trabajar para pagar mis gastos, y me entregué en cuerpo y alma a leer, yo solo, sin ningún maestro.

Yo soy, puedo afirmarlo con toda objetividad, un autodidacta; un autodidacta que por paradoja llegó en su carrera administrativa hasta el puesto de subsecretario de Educación sin haber terminado oficialmente la secundaria. Y quizás por eso, porque me eduqué con tantísimos sacrificios, pongo especial empeño en ayudar a los jóvenes que desde hace años se acercan a mí para que los ayude con mis puntos de vista o con la lectura de los libros en mi biblioteca, y porque creo que no solamente en México, sino aún en los Estados Unidos, no suele el hombre de estudios, más concretamente el historiador o el arqueólogo, ayudar en esa forma como yo suelo hacerlo; pero explicable por los sacrificios de que fui víctima para educarme solo, pues ante un libro mudo que muchas veces no entendía a la primera lectura, ni a la segunda, ni a la tercera. ¡Pero soy sumamente terco!

JW: ¿Por qué quería dejar la escuela y estudiar por su cuenta?

LCHO: Pues quizás haya sido un acto que puede explicarse como una reacción en contra de los malos maestros. Porque en efecto tuve uno, cuyo nombre no tengo por qué consignar aquí, profesor de matemáticas, ciencia que a mí se me facilitaba mucho. Y no siempre solía estudiar en mi texto, en el texto oficial, sino que me había conseguido otros textos. Y por arrogancia juvenil, al ser interrogado y puesto frente a la clase en el pizarrón para hacer una demostración de un teorema, en lugar de desarrollar la demostración que estaba en el libro de texto oficial, me daba el lujo de dar otra demostración, como estaba en el Cabberouse, un texto francés; y esto irritaba mucho

a mi maestro y me regañaba. Y ése fue el factor quizás que determinó mi deserción de la escuela, a estudiar por mi propia cuenta; aparte de que no quería ser una carga económica para mi familia, que ya a la sazón no estaba para soportar cargas de esa naturaleza.

JW: ¿Y qué dijeron sus padres?

LCHO: Mi padre se opuso mucho, pero yo era más terco que él. Mi madre era muy comprensiva, me conocía muy bien; sabía que era inútil resistirse a una determinación que yo hubiera tomado; y entonces ella me ayudó, unas veces con su silencio, y me imagino que con mucha frecuencia en pláticas con mi padre. Porque en efecto, la pregunta de usted viene a cuento. Si mi padre había hecho tantos sacrificios para educarnos y trasladarse de Irapuato a León, y luego venirse a México —porque el viaje a México también fue con ese objeto, con el objeto de vigilar los estudios de mis hermanos mayores que ya estaban en la universidad, todos en la facultad de ingenieros— y, de repente, hay uno de sus hijos rebelde, que dice: “Yo ya no estudio”.

JW: Iba a hacerlo por su propia cuenta.

LCHO: No, no fui hasta allá. No fui hasta allá porque yo no tenía ninguna seguridad de prosperar; pero sí tenía la seguridad de poder vivir trabajando. Y empecé a trabajar como un mecanógrafo gratificado.

JW: ¿Cuándo?

LCHO: Terminé mi sexto año de primaria en 1914, pasé al primer año de secundaria en 1915, al segundo en 1916, y ya en 1917 nos vinimos a México. Era pues, el momento para que yo entrara al tercer año, pero ya no quise entrar. Entonces, me retiré de la escuela en las primeras semanas del año de 1917, y desde entonces trabajaba y estudiaba por mi cuenta, porque a la sazón no había escuelas secundarias nocturnas. Más tarde fui uno de los fundadores de la escuela secundaria nocturna. Yo ya empezaba a dar clases —admírense ustedes, clases de español— porque había obtenido la cátedra por oposición en la Preparatoria, siendo director Vicente Lombardo Toledano, en el año de 1922. Nos presentamos como quince o dieciséis candidatos. Dirigió el examen un sabio, un filólogo eminente que recuerdo con mucho cariño, don Pedro Enríquez Ureña. Y en este examen nada más salimos aprobados dos. Menciono el nombre del otro, porque es un filólogo eminentísimo, se apellida Sánchez. Creo que ya murió. Y nada más nosotros dos, Sánchez y yo, salimos aprobados para ser catedráticos de español, en la Escuela Preparatoria.

Entonces estaba de presidente de la República, Álvaro Obregón; de secretario de Educación, José Vasconcelos. Y sobrevino una quiebra de las finanzas mexicanas que le impedían al gobierno pagar con oportunidad los salarios; y entonces tomé la determinación de irme a los Estados Unidos,

recién casado. Me casé muy joven, en el año de 1923,² y me fui a los Estados Unidos, a Los Ángeles, con el propósito de obtener una cátedra de español. Pero no la obtuve, fracasé. Fracasé en cuanto a que no quise trabajar en una escuela oficial, porque me exigían la solicitud de mis primeros papeles como ciudadano norteamericano. Pero no estaba dispuesto a tal sacrificio. Entonces me regresé a México y fue cuando empecé a estudiar historia de México, por una verdadera casualidad. La persona que era mi jefe cuando decidí trasladarme a los Estados Unidos me dice: "Bueno, pues yo no puedo devolverte el empleo que tenías, lo abandonaste, pero si quieres trabajar en el Archivo General de Guerra, que depende de mí, pues puedes hacerlo".

Entonces me mandó el licenciado Roberto Olagaray a trabajar en el Archivo General de Guerra, y fue mi primer contacto con la historia, en el año de 1923 o 1924.

Abandoné la filología, entre otras cosas porque me daba cuenta de una deficiencia determinada por mi método autodidacta en el estudio; yo no sabía latín, y quien quiere estudiar la filología española sin saber latín pues está perdiendo el tiempo. Ni me decidía yo, siendo tan terco, a perder más años en aprender el latín. Y por eso fue que me pasé al bando de los historiadores. Y allí me tienen ustedes desde entonces, investigando sobre la historia de México, principalmente en las cuatro primeras décadas del siglo XIX, y al mismo tiempo observando el desarrollo de la Revolución Mexicana, a la que no perdía de vista un momento.

JUICIOS SOBRE MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS DE MÉXICO ANTERIORES A 1910

JW: Con respecto a sus estudios sobre la Revolución Mexicana (y usted siempre ha tenido interés en la historia económica), ¿cree que la Revolución tenía bases económicas? Usted como niño vio cómo vivía la gente en el campo. Y, según estudios, más tarde, ¿llegó a la conclusión de que la gente vivía peor entonces que durante los primeros días del siglo XIX, por ejemplo?

² Chávez Orozco se casó con María de los Ángeles Azcárate Gomar (quien nació el 3 de julio de 1902 en Cuernavaca, Morelos); tuvieron tres hijos: Luis (nació el 6 de mayo de 1925); Ignacio (nacido el 7 de enero de 1927); y María Elena (nació el 28 de agosto de 1932). Entre los años de 1936 y 1941, la señora de Chávez Orozco fue presidente de dos organizaciones: la Federación de Organismos de Ayuda a la República Española y el Comité de Ayuda al Niño Indígena.

LCHO: Bueno, usted se refiere a la forma como vivía la gente en vísperas de la guerra de Independencia, y que se compare la vida de esta gente con la vida que llevaba un siglo después, en 1910. Miren ustedes, estoy absolutamente convencido de que siendo miserable la vida del campesino en el año de 1810, era menos miserable que la del campesino francés, por ejemplo, y en general que el campesino europeo. (Quizás el único campesino que estaba por encima del campesino mexicano era el norteamericano.) Si comparamos, como lo hace Alejandro de Humboldt, la vida del campesino mexicano con la vida del europeo, la de aquél era mejor. Y el trato que reciben de los patronos en el año de 1810 es menos cruel, menos cruel que el trato que recibían los campesinos en 1910.

Les voy a dar a ustedes unos testimonios. A fines del siglo XVIII, una hermana de don Pedro Romero de Terreros era terrateniente allá en el actual estado de Guanajuato. Era una mujer muy dura y le daba un pésimo trato a los campesinos. Por ejemplo, los encerraba en algo que podía considerarse como cárcel de la hacienda e incluso se atrevió a ponerlos en cepos.

Llegó a oídos del virrey Revillagigedo³ y mandó hacer una averiguación. Y aquella mujer, doña María Romero de Trebuesto, hermana de Pedro Romero de Terreros, es decir del hombre más rico de la Nueva España, tuvo que pasar por un proceso, un proceso terrible. Yo tuve noticias de ese proceso por la defensa que publicó el defensor. El proceso no lo he localizado. Muchas horas me he pasado buscándolo, pero por la defensa se puede dar una cuenta de la índole de la acusación y de la forma como se defendió esta señora.

Entonces quiere decir que un campesino cualquiera, en el año de 1790 y tantos, si se quejaba al virrey, el virrey mandaba hacer una investigación, aun cuando se tratase de un campesino de una hacienda cuya dueña era hermana del hombre más poderoso de la Nueva España. Para mí es uno de los mejores testimonios para demostrar que las Leyes de Indias no eran letra muerta. Lo que pasa es que los investigadores no se han querido meter a donde está la documentación que comprueba el cumplimiento de las Leyes de Indias. Me estoy refiriendo a una sección del Archivo General de la Nación donde están todos esos papeles. Es la sección de lo civil, integrada por cuatro mil legajos. Yo me he pasado años, y años y años, viendo legajo por legajo, y allí he podido observar que toda queja de cualquier campesino es objeto de una investigación y de una sentencia generalmente en su favor. Hay miles y miles de expedientes sobre los delitos más insignificantes, que el caballo

³ Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla y Horcasitas, virrey de Nueva España, 1789-1794.

del pueblo fulano se metió a la milpa del indio y que la destruyó. Pues allí está la averiguación y allí está la sentencia para que el dueño del caballo le pague al indígena tanto más cuanto. Entonces, hasta en esas insignificancias se ve que se cumplía la ley.

Pero esta familia Romero de Terreros nos entregó otro testimonio: don Pedro Romero de Terreros tenía sus propiedades mineras en Real del Monte, y en una ocasión Romero de Terreros, un hombre muy ambicioso, pretendió modificar la forma de pago de los mineros, que desde el siglo XVI era ésta: cada minero tenía un salario fijo más un porcentaje del 50% de la tarea que él hubiera hecho y que sobrepasara al tequio. Es decir, si el tequio era, por ejemplo, el sacar cuatro costales de tierra mineral, y en lugar de cuatro sacaba ocho, entonces de los cuatro restantes, dos le correspondían al dueño de la mina y dos eran para el trabajador. Entonces, el salario que recibía, que generalmente era de cincuenta centavos (pero cincuenta centavos de aquella época), era nada en comparación con lo que recibía el trabajador por concepto del partido, como se llamaba a ese cincuenta por ciento que sobrepasaba la producción. Bueno, pues Romero de Terreros, repito, quiso modificar el régimen de pago, señalándoles a los trabajadores un salario fijo. Entonces los trabajadores se indignaron, nombraron a una comisión que vino a México a hablar con el virrey. El virrey les dio la razón a los mineros, y obtuvieron de él una orden por escrito para que continuara la forma de pago en la forma tradicional. Pero el alcalde mayor de Pachuca, íntimo amigo de Romero de Terreros, rompió la orden del virrey. Entonces los mineros se sublevaron. Obligaron a Romero de Terreros a huir, hirieron al cura que pretendía ponerlos en paz y se adueñaron de las minas.

Enterado el virrey, que acababa de llegar a la Nueva España, mandó un inspector, que fue el hombre más distinguido en la Nueva España a la sazón, por el conocimiento que tenía de la minería. Me refiero al autor de *Los comentarios a las ordenanzas de minas*, cuyo nombre es Francisco Javier Gamboa, a quien comisionó el virrey para que fuera a Real del Monte a ver lo que pasaba, y que procurara aplacar los ánimos. Así lo hizo Francisco Javier Gamboa, cuyo conocimiento de los problemas mineros se demuestra con la publicación de este libro, en el año de 1761. El conflicto al que me estoy refiriendo es un poco posterior.

Entonces el virrey echó mano de Francisco Javier Gamboa por el conocimiento que tenía de la empresa minera. Acudió Gamboa, empezó a platicar con los trabajadores —como se puede ver en las actas levantadas y que están publicadas en ese libro mío— y sintió la propensión a inclinarse un poco a favor de Romero de Terreros. Pero apenas percibió el virrey la propensión de Gamboa a inclinarse a favor del patrón, reaccionó de una manera violentí-

sima, y lo excitó a que se hiciera justicia en favor de los trabajadores. Allí está toda la correspondencia de ese libro, entre el virrey y Francisco Javier Gamboa. Y por esa correspondencia se ve cuál es el espíritu de la autoridad máxima de la Nueva España, en favor siempre del trabajador, del hombre débil para protegerlo en contra de sus patrones.

JW: ¿Cree usted que se había formado un “espíritu americano” que iba a llevar a este país a quebrar con España?

LCHO: Bueno, la guerra de Independencia no la determina el que la sociedad novohispana hubiera vivido dentro de una tiranía. La guerra de independencia la determina el aspirantismo de los criollos, es decir, del sector terrateniente, del sector más culto, y del sector más ambicioso. El criollo, desde la primera generación, en el siglo XVI, ve con un gran desprecio al español, tan sólo porque el español llega pobre a la Nueva España; tan sólo porque el español que llega a la Nueva España es un hombre muy inculto, y en medio de aquella incultura el español se enriquece por la perseverancia que pone en su trabajo. Y el criollo, en lugar de enriquecerse, va disminuyendo constantemente sus bienes a lo largo de su vida porque no quiere trabajar en empresas lucrativas. El único trabajo que tiene el criollo es desempeñar su papel de señor feudal en una hacienda; le repugna el comercio, le repugna la industria, le repugna toda actividad productiva que no sea la agrícola, sin que con esto quiera decir que los criollos hubieran revolucionado la agricultura ni mucho menos.

Tal postura de los criollos que podía documentarse de una manera maravillosa viendo en mi tarjetero la palabra “criollos”, este aspirantismo de los criollos que data del XVI, es fundamentalmente lo que determina la guerra de Independencia. Los criollos quieren adueñarse del poder, pero no para tratar mejor a los indios, no para darles instituciones progresistas y mucho menos revolucionarias a lo que era la Nueva España y que después fue México. El criollo se subleva en contra de España con el objeto de adueñarse del poder; y una vez en el poder, deroga todas las leyes protectoras de España —que había dictado España a lo largo de tres siglos en favor de los débiles, en favor de los indios— con el objeto de hacer, como se dice vulgarmente, “cera y pabilo” de los pobres indios.

Hay un documento fantástico, publicado en los Estados Unidos en el año de 1827. Es un cuadro terrible de la situación en que se hallaban los indígenas y los campesinos en general con motivo de la Independencia. Se llama *México considerado como nación independiente*.⁴ Se publicó en Filadelfia, y casi tengo la

⁴ Versión española publicada en México, por J. Márquez, 1828.

seguridad de que muchos de los datos consignados en ese magnífico folleto fueron proporcionados por Joel Poinsett, el primer ministro que tuvo Estados Unidos en México, y que siempre calificó el desarrollo social y económico en México como una cosa equivalente al desarrollo económico y social de la Europa feudal del siglo XIII. Constantemente lo estaba diciendo en sus cartas que se conservan en los Estados Unidos y de las cuales tengo copias fotostáticas. En resumen, la Independencia no se hizo para satisfacer las aspiraciones de los indios.

JW: ¿Y Miguel Hidalgo y Costilla?

LCHO: Hidalgo es un sacerdote terrateniente, es dueño de una hacienda, la hacienda de Guaracha. Es representativo de ese sector, de ese sector que es responsable de todo lo que pasó en el siglo XIX en contra de los débiles económicamente, que es una cosa espantosa. No se ha estudiado realmente el siglo XIX en función de los intereses de los indígenas, de los débiles.

Y ahora que trato esto quisiera consignar una tesis que es reciente de mí, pero que creo que es exacta. Estos señores feudales, explotadores de los peones, sin ninguna limitación ---porque ya no existen leyes protectoras--- ven con una simpatía extraordinaria a los Estados Unidos, porque encuentran en los Estados Unidos una especie de justificación a su propia actividad como gente explotadora del débil. Me imagino que, sin formularse, se hacían esta reflexión: ¿Es así que los Estados Unidos progresan de una manera vertiginosa, en comparación con cualquier pueblo de la Tierra? Sí. ¿Es así que en ese pueblo tan progresista existe la esclavitud? Sí. Entonces nosotros ¿por qué nos hemos de asustar porque en nuestro país exista no la esclavitud, que hemos abolido, sino el servicio del peonaje, que es menos cruel que la esclavitud? Entonces, cubiertos, mejor dicho, con esa coraza, cometen con los indígenas y con los peones los peores excesos; excesos que están vigentes en el año de 1910, como se comprueba con la documentación de la época.

Y cosa curiosa, esa documentación está fundamentalmente en la literatura periodística católica; no porque la *Rerum novarum* estuviera ejerciendo en México ninguna influencia. La *Rerum novarum* la cogió el clero y se la echó a la bolsa y la escondió porque al fin y al cabo el clero estaba francamente aliado con la dictadura de Porfirio Díaz. Pero había gente como Trinidad Sánchez Santos, director de *El País*, que no eran clérigos, pero que eran católicos y que estaban en una postura antiliberal. Sánchez Santos, para molestar a los liberales, daba acogida a todas las quejas de los peones, de los indios, en contra de un régimen como el de Porfirio Díaz ---que tenía su origen en la desamortización de los bienes de propiedades religiosas y de propiedades civiles--- como diciéndole a la gente: allí tienen ustedes los resultados de su Reforma; no ha servido sino para explotar más a la gente

pobre. Y por eso *El País* es un periódico muy importante como fuente de información.

JW: También se publicó *La restauración social* de Jalisco, una revista católica que hablaba mucho de la necesidad de crédito agrícola, de la necesidad de justicia social. Pero parece que esa revista no tuvo mucha circulación, y muchos de los católicos no querían aceptar lo que querían decir personas como Miguel Palomar y Vizcarra, que luego fue un líder de los cristeros.

LCHO: Yo no conozco esa revista, pero tenía noticia de ello. Lo que quiero que resalte como testimonio de mi afirmación de que la encíclica, la *Rerum novarum*. ¡El clero tenía la obligación, una vez convocados los congresos de poner a la consideración de los campesinos todos los postulados de la *Rerum novarum*! Pero no. Se dedicaba exclusivamente a hablar de que había que hacer toda clase de esfuerzos para que el campesino no fuera tan ocioso, que trabajara más, que no bebiera tanto, etc. En lugar de luchar por los intereses de los campesinos luchaba por los intereses de los hacendados. Y no tienen nada, ni remotamente, de progresistas esos congresos, que, repito, sepultaron a la *Rerum novarum*.

JW: Se puede discutir la posición económica del campesino en los años inmediatos a la Revolución, y hay unas personas que han dicho que tal vez los intelectuales conscientes de lo que había pasado, dieron mucho empuje a la Revolución.

LCHO: Claro, claro que sí. La Revolución tiene sus orígenes en las tesis de los intelectuales, fundamentalmente en las tesis de Andrés Molina Enríquez, de Luis Cabrera y de algunos otros escritores que se atrevieron, con cierta timidez, a tratar la cuestión.

Es falso lo que suele decirse, que la Revolución Mexicana no tiene antecedentes ideológicos. Sí los tiene. Cuando menos he mencionado dos que son eminentísimos: Andrés Molina Enríquez y Luis Cabrera. Jesús Silva Herzog está publicando una serie de folletos,⁵ a través de los cuales se demuestra que en efecto la Revolución tuvo antecedentes ideológicos sumamente claros. El campesino se concretaba a quejarse, y esas quejas no eran escuchadas, y la Revolución fue un movimiento dirigido por los intelectuales.

JW: En nombre de los campesinos.

LCHO: En nombre de los campesinos. Y esto pues muchas veces contribuyó a controlar a los campesinos para que no fueran demasiado lejos. El único

⁵Jesús Silva Herzog (ed.), *La cuestión de la tierra 1910-1917* (4 tomos), Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana; México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1960-1962.

aspecto más o menos espontáneo que tiene la Revolución Mexicana como un movimiento genuinamente campesino es el del estado de Morelos, a donde aun el dirigente, Emiliano Zapata, es en efecto un campesino; un campesino que tiene una idea clara de la forma como las tierras de los pueblos pasaron a manos de los terratenientes, pero no era letrado ni mucho menos.

JW: Bueno, la revolución de 1810 fue de los criollos, pero no tuvo éxito hasta 1821 cuando pudieron contar con el apoyo de los peninsulares que querían romper con España para evitar el triunfo de la Constitución de 1812.

LCHO: Allí tiene usted el testimonio de que la postura reaccionaria de los criollos fue lo que determinó los movimientos políticos de 1810 y 1820. Miren ustedes, los españoles peninsulares luchan porque a los pueblos de la Nueva España se les dote de más tierras. Y los criollos diputados califican aquel movimiento que se presenta en las Cortes de Cádiz como un movimiento socialista.

Estos testimonios respecto a la actitud de los criollos en las Cortes de Cádiz en noviembre de 1810 son terribles; porque, casualmente, Juan López Cancelada, que había sido expulsado de la Nueva España, y que ha sido tan terriblemente calumniado, presentó un proyecto a las Cortes de Cádiz para que se aumentara la superficie de los ejidos de los pueblos en todo el continente americano. Pues bien, no fueron los españoles diputados de las Cortes los que se opusieron a esta proposición de Cancelada. Los que se opusieron fueron los criollos como José Miguel Guridi y Alcocer, para que a los pueblos se les aumentara, de las tierras de los hacendados, la superficie de sus ejidos.

En un artículo que publicó Guridi y Alcocer, se hace esta pregunta: "¿Podrían las Cortes despojar de sus tierras a los que las han heredado o comprado a título de que tienen muchas y otros carecen de ellas? ¿Es justo que a los ricos se les cercene su caudal para repartirlo entre los que no tienen alguno? ¿Hemos de proveer aquella quimérica igualdad de bienes que plagió de algún frenético de la Revolución de Francia?"

Esta cosa de Guridi y Alcocer se publicó en un periódico que se publicaba en Madrid llamado *El Censor Extraordinario*. Éste es uno de los testimonios más claros de la actitud de los criollos: quieren la independencia, pero no quieren, repito, la independencia para mejorar la condición de los campesinos o de los indígenas. La quieren para enseñorearse del poder y explotar a los campesinos y a los indígenas a su placer, sin obstáculo alguno de las Leyes de Indias.

JW: Morelos, ¿qué grupo representaba?

LCHO: Morelos sí representa los intereses de los campesinos y de los indios, como se testimonia en varios documentos escritos por él, en que pide que

los ricos sean menos ricos y los pobres sean menos pobres a través de un reparto equitativo de la tierra. Estas ideas están consignadas en el discurso inaugural del Congreso de Chilpancingo de 1813, pero ninguna de estas ideas quedó perpetuada en la Constitución de Apatzingán de 1814. Lo que quiere decir que los criollos no tuvieron en consideración los puntos de vista de Morelos.

Edna Monzón Wilkie (EMW): ¿Qué grupo social representaba Hidalgo?

LCHO: Hidalgo fue representante de los terratenientes. Y si reclamaba la libertad de los esclavos era porque había muy pocos.

JW: Entonces, la Revolución de 1821 fue reaccionaria, un movimiento que trataba más o menos de evitar el cambio, pero a la vez dar el poder a los criollos.

LCHO: Sí.

JW: Y, durante todo el siglo XIX entonces tenían que luchar, la gente popular, los liberales, en contra de esta reacción.

LCHO: Bueno, como les decía yo, en el siglo XIX, a partir de la Independencia, los liberales se llamaban así porque reclamaban una política comercial de puerta abierta a todos los productos extranjeros; se llamaban liberales por su actitud frente al clero y a sus bienes.

JW: Pero a fin de siglo también se justifica la posición de los terratenientes.

LCHO: Es decir, inmediatamente después de la Independencia, cuando hablan ellos de grandes propiedades no se refieren a la propiedad privada, se refieren a la propiedad del clero. Lo que quieren es adueñarse de ésta para ser ellos los latifundistas que están reclamando la tierra que tiene en sus manos el clero, para aumentar la superficie de sus latifundios. Esto lo ve usted de una manera patente en la legislación. Pero además, lo ve usted en una declaración expresa del patriarca de la Reforma: el doctor José María Luis Mora, un hombre muy capaz que considera que lo ideal sería preconizar no sólo el reparto de los bienes de la Iglesia sino también de los terratenientes. Pero José María Luis Mora se hace esta pregunta: ¿Tenemos fuerza suficiente para poder luchar en contra del clero sin el apoyo de los terratenientes? Porque inmediatamente que preconicemos el reparto de la tierra de los latifundios laicos, nos enajenamos la voluntad de los terratenientes, que nos tendrán que ayudar para luchar en contra del clero y arrebatarse sus bienes. Y entonces, José María Luis Mora que vio la cosa con tanta claridad, no se atrevió a preconizar el reparto de las tierras de los civiles.

Otro tanto sucedió en el Congreso de 1857, de los mismos liberales, que aceptaban la desamortización de los bienes del clero, ya dictada por Comonfort en julio de 1856; la aceptaban y la introdujeron, casi, en el texto de la

Constitución. Pero nada más querían la desamortización de los bienes del clero y la desamortización de los bienes civiles de los pueblos.

JW: Tienen entonces el propósito de adueñarse de los ejidos.

LCHO: De los ejidos, sí. Y lo consiguen.

JW: Porque hay unos historiadores que han dicho: no, no se dieron cuenta de lo que hicieron al incluir corporaciones civiles, como los ejidos, en las Leyes de Reforma. ¿Entonces fue accidente?

LCHO: No. Mire usted, la cosa no es tan sencilla. México, a la sazón, estaba presenciando el fenómeno de la desamortización de los bienes del clero en España. Eso fue lo que inspiró la desamortización de los bienes del clero; o mejor dicho, eso fue lo que determinó el movimiento de Reforma de 1853 en adelante, lo que estaba pasando en España. Porque a lo largo del siglo XIX, todos los sucesos de España influyen muchísimo en México. Todavía en este siglo, en el año de 1836. De 1836 en adelante, cuando se desata la guerra revolucionaria en España, todo México está deliberando por lo que está pasando en España, unos en favor de los revolucionarios y otros en contra. Eso ya por fortuna desapareció en México, esa especie de colonialismo psicológico. Pero la influencia de España en el siglo XIX era decisiva. No lo llegaban a decir, naturalmente: hacemos la guerra de Reforma porque en España la están haciendo. Pero se ve patentemente que los políticos están observando lo que está pasando en las cortes españolas. Ahora, ¿por qué digo que lo están observando? Por la regularidad con que en *El Siglo XIX* se están publicando las actas de las cortes y las versiones taquigráficas de los discursos. En *El Siglo XIX*, que es el órgano de los liberales, se publica todo eso.

¡Pero fíjense ustedes qué tragedia la de México! Hubo un conato en España para repartir las tierras comunes de los pueblos. Pero se detuvo en seco. En España no se aceptó aquel punto de vista. Pero en México sí se atrevieron a preconizar la desamortización de los bienes civiles de los pueblos. Entonces, vea usted cómo sí se daban cuenta. Porque no tenemos por qué considerar que los constituyentes de 1856 y 1857 eran unos niños o unos analfabetos que no leían *El Siglo XIX*. Al que diga que el diputado mexicano no estaba en condiciones de estar enterado de lo que estaba pasando en España, yo le contesto mostrándole las páginas y páginas y páginas, centenares de páginas de *El Siglo XIX*, a donde se estaba publicando todo eso. Entonces, el constituyente de 1856-1857, sabe muy bien lo que había sido la Reforma en el país. Pese a eso, cometió la torpeza de preconizar la desamortización de los bienes de los pueblos.

Mire usted, México es pobre a partir de la Guerra de Independencia, cuando hubo una destrucción colosal de bienes. Como le digo, hay un cálculo

del volumen de esa destrucción, que yo publiqué en el primer volumen de la colección de *Documentos para la historia del crédito agrícola en México*,⁶ está publicado ese texto de don José María de Jáuregui que se titula “Discurso en que se Manifiesta Querer Embajarse los Réditos a Proporción del Quebranto que Hayan Sufrido en la Insurrección los Bienes y Giros de los Deudores”. (Puesto en forma de representación, que a consecuencia de la Real Cédula del año de 1819, debía elevarse al excelentísimo señor virrey, por varios individuos que encargaron la formación de este papel.)

Esta obra de Jáuregui se publicó en 1820. Jáuregui, entre otras cosas, hace el cálculo de las pérdidas colosales ocasionadas por la Guerra de Independencia de que hablamos antes.

La pobreza del país es colosal, porque el país perdió también las cuantiosísimas fortunas que sacaron los españoles en el año de 1827, con motivo de la expulsión de los españoles. Entonces, México es un país pobre por excelencia porque los únicos que tienen bienes en México, a la sazón, son extranjeros que se han dedicado a la agricultura, o quiero decir al comercio en cuerpo y alma. Un país de limosneros, como era México a mediados del siglo XIX, tiene que estar localizando dentro del panorama nacional en donde haya acumulados cantidades de bienes, para apropiarse de ellos. Ése es uno de los aspectos tristes de la historia, no solamente de la historia de México, sino de la historia de la humanidad.

JW: Bueno, México en el siglo XIX tuvo muchos problemas que resultaron de la Guerra de Independencia, pero también tuvo dificultades políticas alrededor del centralismo y del federalismo, y con los caudillos que estaban unos en contra de otros.

LCHO: Mire usted, todo esto es muy cierto, pero todo eso lo determina la pobreza; la pobreza de la tierra, que se traduce en la pobreza de los ingresos del gobierno. México vive en perpetuo déficit presupuestal a partir de 1821, hasta el advenimiento de Porfirio Díaz, que se decide de una vez por todas a poner orden en la hacienda pública. Un país que no tiene, como México, a la sazón, recursos para pagar su ejército al día, es un país donde no puede haber un gobierno estable. Y la estabilidad del gobierno del general Porfirio Díaz tiene su origen en el orden que puso en las finanzas. Es decir, cuando Díaz pudo pagar a tiempo a sus soldados, a sus empleados, y la deuda pública, naturalmente sobreviene la paz. Pero del año de 1821 a mil ochocientos ochenta y tantos, no hay un momento de tranquilidad en México,

⁶ 21 tomos, México, Banco Nacional de Crédito Agrícola.

porque ni el ejército, ni la burocracia, ni los acreedores extranjeros, han recibido a tiempo sus pagos.

JW: Mientras México luchaba, los liberales y los conservadores luchaban las batallas que también luchaba España.

LCHO: Exactamente las mismas batallas de España se reproducen aquí.

JW: Entonces México recibió su independencia política en 1821.

LCHO: Nada más la política.

JW: ¿Pero ideológicamente?

LCHO: Ideológicamente, vivió sumamente influenciado primero por España; al grado de que cuando se desata una revolución en España, se desata en México una correlativa. Y después, por influencia de Francia. La influencia de Francia fue decisiva; empezó desde 1821.

JW: En la vida cultural.

LCHO: En la vida cultural, sí. Y después se sobrepuso a la influencia de Francia, y a ésta la influencia norteamericana. Pero esto data de la Revolución de 1910 para acá.

JW: Bueno, la influencia de los Estados Unidos se manifestó al principio con el intento de imponer el sistema federal en el país. Pero también se luchaba esa batalla en España.

LCHO: También se hacía esa lucha. Se ha exagerado la influencia de Poinsett en los destinos de México. Con Poinsett y sin Poinsett México tenía que vivir la vida anárquica que llevó. Odiaban a Poinsett porque Poinsett estaba constantemente exhibiendo el atraso de México, el atraso que provocaban los terratenientes, el clero, y todos aquellos sectores. Por eso se le odia a Poinsett, y se le odia porque es muy escuchado por las personas de máxima influencia como es Lorenzo de Zavala, y muchas veces la mayoría del Congreso.

CONTINUIDAD Y DISCONTINUIDAD EN LA HISTORIA DE MÉXICO

JW: Algunos historiadores, como Jesús Reyes Heróles,⁷ recientemente han hecho la observación de que en el México del siglo XIX no había tanta anarquía. Jesús Reyes Heróles ve que hay una continuidad en la historia y que las ideas van gradualmente construyéndose hasta que viniera la Revolución de 1910 y la Constitución de 1917; que la historia de México no ha sido tan anárquica, puesto que había cierto desarrollo.

⁷ *El liberalismo mexicano* (3 tomos), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957-1961.

LCHO: ¿Y el autor de esa tesis qué contestaría a una buena definición que dio Daniel Cosío Villegas de la Revolución Mexicana? Definición con la que estoy de acuerdo, una de las pocas cosas en que estoy de acuerdo con Cosío, con quien he peleado mucho públicamente.⁸

Cosío define la Revolución en esa forma tan pintoresca con que suele hacer sus definiciones, es decir, con frases muy felices. Cosío dice que la Revolución es un "motín antiliberal". Y eso es exacto. Es decir, es un motín en contra de todas las cosas que trató de crear el liberalismo a merced de los intereses de los indios, de los campesinos, y, en general, de la gente económicamente débil.

Y le voy a dar a usted un testimonio valiosísimo para definir la Revolución; un testimonio que yo quisiera que se consignara textualmente. Me estoy refiriendo al discurso de Luis Cabrera en la Cámara de Diputados, discurso que quizás fue lo que provocó el cuartelazo de Huerta en contra de Madero. El 3 de diciembre de 1912, Cabrera dijo, refiriéndose concretamente al problema agrario: "Los antecedentes que voy a tomar para la resolución de este problema no son los antecedentes de la historia de Roma, ni los de la Revolución Inglesa, ni los de la Revolución Francesa, ni los de la Nueva Zelanda, ni siquiera los de Argentina; sino los antecedentes del único país que puede enseñarnos a resolver nuestros problemas, de un país que es el único que podemos copiar, de Nueva España. Nueva España es el único país al que puede copiar México". Entonces, esto es, en otras palabras, lo que dice Cosío: la Revolución es un motín en contra de los liberales que destruyeron todas las instituciones sociales y económicas de la Nueva España, en lo que tenían esas instituciones del débil, indio o no indio.

Entonces, con la experiencia colonial, la Revolución Mexicana concibe su reforma agraria: vamos a restituirle a los indios y a los campesinos las tierras de que fueron despojados a lo largo del siglo XIX por los movimientos liberales y no liberales. Porque en eso coincidían liberales y conservadores: en despojar al que tenía algo.

JW: Usted publicó este discurso de Cabrera en la *Memoria de la Secretaría de Hacienda*.

LCHO: En la *Memoria de la Secretaría de Hacienda y Crédito*, correspondiente del 25 de mayo de 1911 al 22 de febrero de 1915. Fue editada hasta el año

⁸ Ver, por ejemplo, Luis Chávez Orozco, "Fe de erratas de la obra de Cosío Villegas", *Excelsior*, 29 de noviembre de 1955; y la respuesta por Daniel Cosío Villegas, "Ratas sin Fe", *Excelsior*, 8 de diciembre de 1955. Para una lista completa de los debates periodísticos entre los dos, ver *Extremos de México*, pp. 11-31.

de 1949. Y yo fui el encargado de acumular toda esa documentación; y me empuñé en publicar, aun tratándose de una memoria de Hacienda, una gran cantidad de documentos que tienen relación con los antecedentes de la situación agraria en México.

JW: Bueno, parece que en su opinión, entonces, la historia de México no ha seguido la misma trayectoria. Hay un salto muy grande. Porque México con la Revolución de 1910 quiere regresar a lo que creó la Nueva España: la Colonia.

LCHO: A las instituciones. A las instituciones sociales que contribuyeron en la época colonial a la protección del débil.

JW: Combatiendo a los liberales del siglo XIX.

LCHO: Combatiendo a los liberales. Es decir, la lucha no fue en contra de los liberales, sino en favor de las instituciones coloniales. ¿Por qué? Porque al fin y al cabo los hombres que hacen la Revolución son hijos del liberalismo. Y por escrúpulo muy explicable (ellos habrán dicho algo así): al fin y al cabo yo así fui educado en mi niñez y en mi juventud, porque mi padre fue quizás un general del ejército liberal, por eso yo no me puedo echar expresamente mencionándolos.

JW: ¿Están en este caso rechazando sus instituciones?

LCHO: Están rechazando sus instituciones, pero no se dan cuenta que son instituciones creadas por el liberalismo. ¿Entiende? Éste es uno de los signos más claros del temperamento del mexicano. Y por eso la Revolución Mexicana es tan afirmativa. Y, el que haya sido tan afirmativa la Revolución Mexicana, pues le permitió desarrollarse sin tantos problemas. Que la Revolución hubiera tomado una bandera negativa en contra del liberalismo, bueno, ¡medio México se levanta en favor del liberalismo! Pero allí está la gran enseñanza de México: no hay que luchar precisamente en contra de algo, sino en favor de algo. (Y a mí me parece que ése es el gran error de la política norteamericana de hace años. Están empeñados en luchar *en contra* del comunismo, pero no le dicen al pueblo en favor de qué están luchando. Y lo único que puede arrastrar a las grandes masas es una lucha en favor de algo, no en contra de algo. Ahora, si se ve la Revolución, repito, como la concibe Cabrera, como un retorno, no a la época colonial, sino un retorno a las instituciones, a los aspectos buenos de la época colonial, entonces se puede entender la Revolución.

Si me permiten, yo quisiera darles un dato; un dato en que opera lo insobornable, como es la conciencia, como es la subconsciencia.

Yo le pregunté a Lázaro Cárdenas que si cuando creó la Casa del Campesino (donde los campesinos tenían un alojamiento gratuito y hasta alimentos cuando acudían a la Ciudad de México a arreglar sus asuntos) se

había inspirado en la institución michoacana tarasca de la *guataperera* (institución que consistía en un alojamiento más o menos dotado, para que el campesino al pasar por un pueblo se alojara junto con sus cabalgaduras). Cárdenas me respondió con una gran honradez: hay una gran semejanza entre la Casa del Agrarista y la *guataperera*. Pero le doy a usted mi palabra de honor que no me inspiré en la *guataperera*; salió una *guataperera*, pero no me inspiré en ella.

Veán ustedes cómo el subconsciente de Cárdenas estaba operando, cuando gobernante, para crear una cosa similar a la *guataperera*, que tan eficaz fue en la época colonial. Nada más que, claro, fue una *guataperera* con baños, en fin, una casa moderna.

JW: Hay muchos que consideran a don Porfirio Díaz "el diablo" del siglo XIX y los primeros años del siglo XX. Pero con la interpretación de Daniel Cosío Villegas, ya el porfiriato adquiere mayor importancia; reconstruyó económicamente la nación, construyó ferrocarriles, por ejemplo, y le dio el orden en que pudo desarrollarse la vida económica. Es muy nacionalista esta interpretación, porque implícitamente está diciendo: nuestro pasado, anterior a la Revolución de 1910, no es tan malo como hemos pensado; fue algo muy bueno, y además, el desequilibrio que surgió entre la vida económica y la vida política hizo posible la Revolución. Por otra parte, la interpretación de muchos políticos mexicanos tiende a buscar las raíces del nacionalismo mexicano en la época precolombina.

LCHO: Miren ustedes, en primer lugar, el concepto que se va formando poco a poco a consecuencia de las obras de Cosío Villegas y de otros documentos es, indudablemente, que el porfirismo jugó un gran papel. El porfirismo jugó un gran papel porque voy a afirmar algo que quizás le asuste a la gente, porque Porfirio Díaz se esmeró en organizar al país como una república central. Muchos de los estorbos que tuvo el federalismo en México los definió previamente Fray José Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra el 13 de diciembre de 1823, cuando dijo con una gran sinceridad, molestando a muchos de los políticos que querían el federalismo, que si se aspiraba al federalismo era porque los terratenientes querían el control de la región geográfica correspondiente a donde estaban sus propiedades. El gobernador sería, pues, un instrumento de los intereses de los terratenientes de la antigua provincia de la Nueva España, y por eso buscaban el federalismo. Pero que el federalismo iba a ser un factor para consolidar un régimen de explotación feudal. Así, con esas palabras lo dice. Y en efecto, a lo largo del siglo XIX, siempre que imperó la constitución federal, y fue la mayor parte del siglo XIX, el gobernador fue un gran cacique que controlaba a los caciques pequeños; un cacicazgo tan absurdo como esto: en el año de 1831 o 1832, el

ministro de Relaciones, Lucas Alamán, le dirige una circular a los gobernadores para que contribuyan a la población de Texas con mexicanos, y pide familias de los estados, para que vayan a Texas con el gobierno federal. Y uno de los gobernadores más despiertos, de más fama como dirigente del Movimiento Federalista en México, el gobernador de Zacatecas, cuya actitud de gran cacique la vemos en la forma como lo designaba el pueblo: Tata Pachito. El pueblo no le dice don Francisco García, no. Don Francisco García es Tata Pachito. Es el señor de Zacatecas. Pues ese señor de Zacatecas, ese líder de primera línea del federalismo, le contesta a don Lucas Alamán que no tolerará que con la sangre zacatecana se vaya a engrandecer otro estado de la federación como son los estados de Coahuila y Texas.

Vea usted qué visión tan cerrada tiene de los problemas nacionales el federalista; es una visión regionalista por excelencia, que sirvió de tantísimo estorbo para el desarrollo de México, que el presidente de la República no pagaba los sueldos del ejército. Pues el gobernador de Michoacán o el gobernador de Guanajuato inmediatamente se sublevaba con tal o cual plan, a sabiendas de que el plan iba a prosperar en tanto cuanto el ejército no recibía su salario. Y entonces, ese gobernador, pues tenía facilidad para adueñarse de la Presidencia de la República ---a reserva de que a los dos o tres años lo tiraran porque él tampoco tenía dinero para pagarle al ejército.

Mire usted, el federalismo dio origen a cosas terribles. No solamente a la pérdida de Texas, que hubiera sobrevenido con federalismo y sin federalismo. ¡Pero la cosa yucateca: Yucatán se segrega de México! Y hay movimientos de segregación propiciados por todos los gobernadores en casi todo el país. ¡No se imaginan ustedes cómo prosperó ese movimiento de segregación! El mismo Ignacio Comonfort, el líder de la Guerra de Reforma, una vez amaneció muy pesimista, veía que no prosperaba su lucha, que Santa Anna estaba perfectamente consolidado en el poder, y le escribe a Melchor Ocampo, que estaba desterrado en los Estados Unidos, una carta espantosa. Dice: nosotros podemos triunfar o no triunfar. Pero si no triunfamos, pues con hacer una república de este estado que controlamos, el actual estado de Guerrero, de esa manera resolvemos nuestro problema. ¡Comonfort! Y como esta actitud de Comonfort, pues, repito, se presenta la actitud de los yucatecos que se segregan de México, la actitud de los chiapanecos que trataron de segregarse, y cada uno quería su republiquita.

Entonces, ¿en qué se manifiesta el genio político de Díaz? El genio político de Díaz se manifiesta en que toma el fetiche que se llama Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos, del año de 1857 y dice: señores, aquí el único que manda soy yo. Pero lo dijo a secas. Fue incapaz de dar la base teórica de aquella actitud. Es decir, por qué quiero ser un factor de

aglutinamiento de todos los estados de la federación, para que de veras haya, de una vez por todas una república que merezca el nombre de la República de los Estados Unidos Mexicanos. Y lo consiguió. ¿En qué forma? No permitiendo que las camarillas regionales pusieran al gobernador fulano y al gobernador mengano. Si se trata de nombrar así, fuera de los métodos democráticos, me imagino que decía el general Díaz: yo soy mago, yo soy el que pongo a los gobernadores. Y puso a una serie de gobernadores sumamente enérgicos, que obedecían seriamente las órdenes del general Díaz; que es el aspecto desagradable que tiene la dictadura, pero que al fin y al cabo contribuyó a la unidad de México.

Yo no sé por qué a los historiadores que han estudiado tanto al general Díaz —y si no me equivoco, ni siquiera a nuestro amigo Cosío Villegas— no se les ocurrió establecer un paralelo entre Porfirio Díaz y el dictador argentino Juan Manuel de Rosas. Rosas es un monstruo para unos argentinos. Pero sin Rosas no hay unidad argentina, no hay nación argentina. Y lo que admira es esto: si lo hicieron conscientemente, si se sacrificaron, pasando por reaccionarios ante los ojos de su pueblo, con el objeto de crear la unidad política de su pueblo, realmente es una actitud heroica. Fíjese usted a qué extremos llegan. Porque Porfirio Díaz es un hombre francamente extraordinario, patentemente extraordinario en ciertos momentos de su vida: es el Héroe por excelencia de la lucha en contra de Francia. Y para realizar esa empresa de la unidad de México (empresa que no llegó a definir él) hay que guardar las formas. En México hay que ser centralista, sin decirlo.

JW: Como Rosas en la Argentina.

LCHO: Como Rosas. Y hay que concurrir cada 5 de febrero a la ceremonia cívica correspondiente para conmemorar la Constitución de 1857: él que la está pisoteando constantemente, porque tiene la idea, en mi concepto, absolutamente justa y absolutamente objetiva, que con esa constitución no se puede gobernar al país. La está pisoteando constantemente, pero cada año va a hacer un homenaje a los constituyentes.

En México todavía estamos en esa actitud porfiriana; al menos estábamos en la época cuando yo fui alto funcionario. ¿Cómo hacía para convencer a tal o cual gobernador de tal o cual estado que la Secretaría de Educación debía controlar la educación de ese estado? No le decía: vamos a centralizar la educación. Le decía: vamos a federalizar la educación. No le decía *centralizar*, porque esa palabra de centralismo tiene unos antecedentes históricos horribles, y todo el mundo se espanta. Por eso los gobernantes en México tienen que ser tan cuidadosos de su vocabulario. Y don Porfirio decía: yo soy federalista. Pero al mismo tiempo estaba centralizando el poder. Como la Revolución ha dicho constantemente: yo soy federalista. Pero la Revolu-

ción es un movimiento centralizador muchísimo más fuerte, muchísimo más fuerte que el movimiento centralista del general Díaz.

JW: Hasta que hoy, en términos relativos, los estados y los municipios no tienen presupuesto, no tienen autoridad.

LCHO: Pero es la única manera de haber puesto orden en aquella simulación que fue el México del siglo XIX.

JW: ¿Pero cree usted qué en el siglo XIX y en el siglo XX haya algo en el carácter de España y de México que requiere dictador?

LCHO: No. Mire usted, cuando yo estoy hablando de centralismo y de federalismo no estoy hablando de que los centralistas sean partidarios de la dictadura, y los federalistas, no. Lo que pasa es que unos, los centralistas, quieren el orden, y los federalistas quieren el desorden. Repito que estas frases pueden asustar a la gente, pero son expresión de la realidad. Si Porfirio Díaz no centraliza el poder, no hay paz; y si no hay paz. . .

JW: Sí, pero tienen que hacerlo con la mano fuerte.

LCHO: Con la mano fuerte, pero sin abusar. No hay que echarse sobre el general Díaz porque haya sido un hombre cruel. El general Díaz nada más estaba esperando la primera actitud de rebeldía para aplicarla de la manera más cruel: los asesinatos del "mátalos en caliente", de Veracruz, en 1879. Y él, que conocía tan bien a su pueblo, sabía que el sacrificio de aquellos seis o siete oficiales iba a ser necesario; fueron fusilados de una manera implacable ---tan implacable que quien manejó la cuestión, el gobernador Luis Mier y Terán, se volvió loco de remordimiento---. Aquellas vidas bastaron para hacer la paz. Ya sabía a qué atenerse el que se enfrentaba con el presidente de la República: se enfrentaba al riesgo de ser fusilado.

SUBCONSCIENCIA PREHISPÁNICA E INFLUENCIA DEL MESTIZAJE

JW: Se ha hablado del partido oficial (el PRI) en estos años, como un partido con presidentes que dirigen el gobierno con la mano fuerte pero no con abusos. Es una democracia muy primitiva. Digamos, aunque se puede votar por otro partido, el partido oficial va a ganar. Sin embargo, el partido está escuchando para ver qué es lo que quiere cada grupo, para mantener el desarrollo del país.

LCHO: Claro. Miren ustedes, yo nunca he creído que pueda ser serio un movimiento de retorno a los hábitos y a las instituciones prehispánicas. Eso es sencillamente una locura. Pero sí acepto que hay ciertos rasgos en que sin conciencia se manifiestan en los métodos políticos contemporáneos, y que tienen relación con los métodos políticos de la época prehispánica. Creo yo

que no hay necesidad de sutilizar mucho para comprender que ciertos hábitos políticos de México pueden considerarse como una reminiscencia de los hábitos políticos prehispánicos de la zona mexicana, es decir, de Tenochtitlan. La monarquía entre los mexicanos no era una monarquía hereditaria. Esto quizás tenga alguna relación, por un lado, con la no reelección contemporánea, y por otro, con el peso político que significa el criterio del presidente de la República para designar a su sucesor. Los ex presidentes contemporáneos que viven en nuestro país, en cierta forma, en los momentos más graves, pues desempeñan el papel de los consejeros que tiene el *tlacatecutli* mexicano. Así como el *tlacatecutli* mexicano de la época prehispánica guía a este consejo de viejos para realizar tal o cual medida difícil —principalmente las medidas de tipo bélico— así hoy, el presidente de la República Mexicana, cuando se ve sumamente apurado en los conflictos nacionales, se junta con su consejo, que no tiene el nombre de consejo, pero que son hombres susceptibles de dar un consejo porque al fin y al cabo tienen la experiencia de seis años de gobierno. Y el ejercicio de poder en México, como en cualquier parte del mundo, es la mejor escuela para hacer políticos. ¿Entonces, ¿por qué el presidente de la República no ha de tener derecho para pedir la colaboración de sus antecesores? En eso precisamente, sin habérselo propuesto el general Cárdenas, pero en eso precisamente, consiste uno de los signos de la gran capacidad política de Cárdenas. Se opuso terminantemente a que los ex presidentes de la República fueran a la sepultura o fueran al destierro. Cárdenas se propuso hacer del ex presidente de la República un hombre respetado y respetable; tan respetado y tan respetable que el presidente de la República suele pedirle su punto de vista en los grandes problemas.

Hay un momento en mi vida en que pude percibir esto con gran claridad. Unas cuantas horas después de la elección de Ávila Camacho, yo fui a Palacio llamado por el presidente Cárdenas para tratar seguramente algunos asuntos que habían sobrevenido en el día de la elección. Llego yo a Palacio, con la idea absolutamente segura, para mí, de que inmediatamente sería recibido por el general Cárdenas. Y me encuentro con que el general Cárdenas estaba ocupado hablando con un ex presidente de la República, Pascual Ortiz Rubio. Con la libertad con que suelo hablar y con el interés que tenía de hablar cuanto antes con el general Cárdenas, porque le quería transmitir algunas noticias que yo tenía (noticias que después me enteré que Cárdenas tenía, así es que de hecho no era muy urgente mi entrevista), dije algunas palabras menospreciativas para el ex presidente Ortiz Rubio, que estaba con Cárdenas en la antesala; palabras que después repetí frente a Cárdenas en el momento de saludarlo, diciéndole que parecía mentira que siendo la situación del país

tan grave, hubiera un Ortiz Rubio que le estaba quitando el tiempo. Entonces, Cárdenas me contesta más o menos textualmente con estas palabras: usted tiene el deber de respetar al ex presidente Ortiz Rubio como yo lo respeto, en tanto que es ex presidente de la República, en tanto cuanto que él ocupó este puesto que estoy ocupando yo. Tengo el deber de atenderlo cuantas veces quiera él hablar conmigo. Y yo, claro, me quedé cohibido y avergonzado, porque automáticamente pude percibir que Cárdenas se daba cuenta del papel que estaba desempeñando. Y así me lo dijo: yo estoy aquí, entre otras cosas, para darle respetabilidad al presidente de la República, México no podía vivir en paz. Nada más que el respeto al presidente de la República, el respeto de una persona respetable, no dura seis años, dura durante toda la vida de aquella persona, si esa persona sigue cumpliendo con su deber.

Entonces, los ex presidentes constituyen un cuerpo respetabilísimo en México, lo cual es obra personal de Cárdenas. Y tan bueno es el método, que en Estados Unidos, inclusive, lo llegan a practicar: ¡Cuántas veces el presidente John Kennedy se reunió con Dwight Eisenhower! Supongo yo, no como Eisenhower general del ejército norteamericano con un gran prestigio, sino como Eisenhower político que adquirió una gran experiencia durante el ejercicio del poder.

Para definir mejor la cosa —sin que esto se encuentre estatuido en ninguna parte, y aunque el paralelismo sea sumamente remoto— se puede decir que ese equipo de ex presidentes constituye una especie de senado, como era el Senado Romano. Al abandonar el supremo poder, en Roma, el personaje iba a ocupar un puesto en el Senado; o cualquier otro hombre que se hubiera distinguido en la administración pública de las provincias, por ejemplo, iba a ocupar un puesto en el Senado. De allí que el Senado Romano haya sido un cuerpo de viejos sumamente capaces y sumamente respetables. Y fue lo que determinó la grandeza de Roma.

JW: Hablando de su comparación de la política precolombina y la política de hoy, ¿qué forma de democracia existía entonces?

LCHO: No se elegía nunca al hijo del *tlacatecutli*. Se elegía de entre de los militares más expertos los que tenían una carrera más brillante. De allí, los viejos escogían al *tlacatecutli*.

JW: ¿Pero había una democracia social?

LCHO: Bueno, sí la había en cuanto a que cualquiera que fuese el origen del ciudadano, podía subir hasta los más altos puestos, inclusive al de *tlacatecutli*, si se distinguía por sus actos heroicos en la guerra. No era una cosa cerrada, la aristocracia. La aristocracia no se heredaba.

JW: Pero existía nobleza y esclavitud.

LCHO: Sí, existía nobleza y esclavitud, pero tanto la una como la otra se adquirían. La nobleza y la esclavitud no se heredaban.

EMW: ¿Cómo se adquiría la esclavitud?

LCHO: Por las deudas. De allí que el servicio por deudas de los peones de las haciendas ha prosperado en la época colonial y a lo largo del siglo XIX.

JW: Entró la esclavitud por deudas.

LCHO: Por deudas, sí.

JW: Porque en este siglo se ha hablado mucho de regresar a esa vida comunal, a esa vida de democracia social, a esa vida, tal vez podemos decir, utópica.

LCHO: Bueno, mire usted, hay en México un pequeñísimo sector de indígenas letrados que suponen, por su origen indígena, y por destacarse dentro de la sociedad mexicana, que no es una utopía pretender regresar a las instituciones prehispánicas, porque México al fin y al cabo no es indio. No estoy afirmando tampoco que México sea español. Es otra cosa. Ni es indio ni es español, México es México, es otra cosa: la síntesis de estas dos culturas, de estas dos razas. Que algunas veces influye en el subconsciente o conscientemente el recuerdo español con más frecuencia que el recuerdo indígena, es otra cosa.

JW: Un geógrafo norteamericano, Dan Stanislawski, al estudiar once pueblos de Michoacán, llegó a la conclusión que simultáneamente han existido dos culturas separadas: española e indígena, y siguen así.⁹

LCHO: La cosa no es tan simplista. En México, el mestizaje en las ciudades y en la época colonial en las ciudades y en los latifundios es un hecho evidente. En otros términos, sangre pura española es rarísima y fue rarísima, aun en la época de la dominación española. La población española peninsular era más o menos de 70 mil individuos. De esos 70 mil, 700 eran mujeres, esposas de funcionarios; el resto eran españoles varones que se cruzaban con los indígenas y que daban por resultado el mestizaje. Entonces, mexicanos descendientes de pura sangre española no los hay ni los ha habido. Son mestizos.

JW: Sí, de sangre, ¿pero de cultura? Se habla mucho en México del amor por el indio, pero muchos no quieren comprar los productos del indio.

LCHO: A buen precio sobre todo. Bueno, mire usted: la cosa es más complicada. El indio no solamente es indio, el indio es indio y además india. El indio se queda en su pueblo. La india se va a la ciudad a trabajar; unas veces como comerciante, otras veces en el servicio de las casas de la gente

⁹ *The Anatomy of Eleven Town in Michoacán* (Austin: University of Texas Press, 1950; versión en español publicada por *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, 8:2 (1956), pp.175-210.

acomodada. Allí es donde sobreviene el mestizaje: el mestizaje que sustrae a la india de su pueblo y que se queda a vivir en la ciudad. ¿Me explico? Y esa india va tomando los hábitos españoles o españolizantes de la ciudad.

JW: Se mezcla la sangre, pero la cultura española permanece dominante.

LCHO: Sí, México se diferencia del Perú, ¿por qué? Porque una cosa fueron los españoles que fueron al Perú y otra cosa fueron los españoles que vinieron a México. No. Son los mismos españoles, con la misma cultura, con sus mismos prejuicios, etcétera. Lo que diferencia al peruano del mexicano es la raíz de la madre. En un caso, madre peruana, indígena; en otro caso madre mexicana, indígena. Eso es lo que le da el matiz de México: sus mujeres indígenas. Es un mestizaje tan terrible, que se manifestó a la primera generación.

A la primera generación se empieza a ver en Nueva España una cantidad de mestizos que saben quién es su madre pero que no saben quién es su padre. Entonces el virreinato funda en 1547 el Colegio de San Juan de Letrán para la educación de esos niños. Vea usted cómo desde entonces empieza la cosa, desde la primera generación. Yo no sé si la última vez que nos vimos les relaté la anécdota aquella de Guillermo Prieto.

Guillermo Prieto, profesor de historia del Colegio Militar, que ve con gran desagrado que uno de sus alumnos, en la época del general Díaz, constantemente está en una actitud arrogante por ser, según él decía, de sangre azul. Y, llegó al colmo la paciencia de Guillermo Prieto, que entonces improvisó una cuarteta que dice más o menos: "No, hijito, aquí en México los que más, los que menos, todos descendemos de un gachupín aventurero y de una india consentidora". Y no hay sangre azul. Todos tenemos una porción de sangre indígena; inclusive los blancos. Bueno, a usted en Yucatán, donde la mezcla ha sido tan terrible, se le puede tomar como yucateco. Pero hay sangre india sumamente enérgica y sangre india sumamente débil. En Yucatán se da el caso de criollos puros, sin sangre española, que tienen aspecto indio. En Sonora es frecuentísimo el caso de hijos de español e indígena pura que salen como un español madrileño o un español de la montaña de Santander; hijo de india. En un caso, la sangre maya es tan poderosa, que inclusive los que no tienen sangre se *mayizan*. En Sonora es tan débil la sangre, que inclusive las gentes con una gran cantidad de sangre indígena tienen el aspecto de españoles. En el norte del país todos parecen españoles, pero son tan mestizos como los mexicanos de alta clase. Porque las mujeres españolas no iban al norte; entonces los españoles se casaban con mestizas o con indígenas, pero el producto salía primera y genuinamente español, y el carácter español también se heredaba.

JW: Bueno, la América Latina parece que tiene un carácter que es parecido en todos los países, tengan o no indios.

LCHO: Bueno, la fuerza del medio. Pero mire usted, si nos ponemos a analizar a un peruano y lo comparamos con un mexicano vemos algo que es completamente distinto: el papel de la madre. La madre en México es un personaje venerado a lo largo de toda su vida por sus hijos. En el Perú, en las zonas indígenas, los padres ancianos que ya no pueden reproducir, se puede decir que son víctimas de sus hijos, quienes contribuyen muchísimo a matarlos. No quieren alimentar los hijos a una boca de alguien que no produce. Y, en México, la madre pues es siempre la madre, y quizás mientras más anciana y más inepta para el trabajo y para la producción es más considerada. No es una casualidad que en México se haya hecho "el día de la madre" y que haya prosperado tanto. El mexicano de la clase media, cuando menos de mi generación para atrás, pues no solamente está sometido y protegido por el cariño de la madre. En México el papel de la nana es fundamental. Pero casualmente los millones de nanas que ha habido en México son indias.

JW: Sí, más aún en las familias que tienen dinero y de raza más bien blanca, es donde se encuentra la nana.

LCHO: Allí es donde se encuentra la nana. Y donde la nana se venga de la patrona y del patrón. Porque ella es la que estructura muchas veces a los niños más que la madre misma. Porque la madre si tiene tal o cual vida de sociedad está un poco aislada de sus hijos, y entonces la nana imprime de una manera vigorosísima su personalidad en los sectores más acomodados. Vea usted la fuerza del indio no solamente porque seamos descendientes de indias, sino porque hay una institución social que se llama "la nana" que contribuye muchísimo a la educación de los niños. Mi nana murió hace poco, hará seis meses, siete meses. Pues bien, mis hermanos de México y mi mujer se empeñaron en que yo no me enterara de la muerte de mi nana porque estaba bastante enfermo a la sazón. Creían, con razón, que la noticia me iba a afectar y que me iba a hacer daño físicamente. Entonces, vea usted cómo un hombre que ya tiene 60 años está unido por vínculos espirituales con su nana.

Ahora, con motivo de la vida moderna que es cada vez más difícil, pues poco a poco va desapareciendo esa institución de la nana. Pero eso le está haciendo daño a México. Es un factor de educación tan poderoso y tan positivo el de la nana, como ustedes no pueden imaginarse, porque la madre no puede estar constantemente con sus hijos, pues tiene mil ocupaciones, aun cuando vive encargada exclusivamente del régimen de la casa doméstica. En tanto que la nana, las 24 horas del día está al cuidado del niño.

Mire usted, yo tengo ya varios nietos. Mi hija se pasa la vida íntegramente dentro de su casa, no le gusta salir. Su esposo es aviador. La nana de su último hijo es una india campesina de aquí del Estado de México. Pues bien, pese a que la madre de esa niña está constantemente dentro de la casa y no la abandona —porque ella se siente muy bien dentro de su casa haciendo mil cosas—, la niña tiene un vocabulario más similar al de la nana que al de su madre. De allí que cuando el niño va al colegio, el niño acomodado en México, una de las primeras tareas del maestro es quitarle los hábitos lingüísticos heredados, no del padre ni de la madre, sino de la nana.

JW: ¿Y en el Perú no tienen nanas?

LCHO: No sabría yo decirle.

EMW: Yo creía que era muy parecida la influencia de la nana sobre los niños en toda la América Latina.

LCHO: No. Mire usted, hay un libro muy interesante que valdría la pena que su título quedara en esta cinta. El autor se llama Hildebrando Castro Pozo, y el título de la obra es *Nuestra comunidad indígena*.¹⁰ Allí trató muy profundamente esto que les decía yo a ustedes del pobre y terrible papel de los viejos en el Perú, y que es una cosa que el mexicano no puede entender, porque como si hubieran todavía reminiscencias del patriarcado o el matriarcado en México, la veneración de los hijos por los padres es muy clara y muy manifiesta; y más el cariño de los padres por los hijos. Pero la vida moderna está aislando a los padres de los hijos y a los hijos de los padres, cosa que ha dado origen a este fenómeno mundial de rebeldes sin causa. No es decir que no haya causa. Lo que pasa es que no se han puesto los sociólogos en la realidad de las cosas.

ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA: EL FEUDALISMO Y LA EXPLOTACIÓN DEL INDÍGENA

JW: ¿Por qué ha tenido México su revolución del siglo XX, la de 1910, y la mayor parte de los países latinoamericanos no han tenido una revolución de este tipo, a pesar de que en muchos de estos países han vivido peor que en México? También estos países han tenido dictadores, luchas del liberalismo y el conservadurismo y problemas similares de desarrollo. Pero México ha tenido un desarrollo que ha dejado a casi toda la América Latina atrás en estabilidad política y ritmo de crecimiento económico.

¹⁰ Lima, Editorial El Lucero, 1924.

LCHO: No sabría explicarlo, porque mi especialidad no va más allá del conocimiento más o menos profundo de algunos aspectos de la historia de México. Y si bien es cierto que he estudiado la historia de América, pues no ha sido un estudio sistemático y perfectamente orientado a establecer ese contraste. Pero yo creo que vale la pena considerar que en México se perpetuó la memoria del colosal despojo de que fueron víctima los pueblos de sus tierras. Si ustedes quieren, este recuerdo del gran despojo de las tierras lo fomentó y lo estimuló mucho el clero. Era una manera que tenía el clero de vengarse del liberal que estaba en el poder. Pero antes del general Díaz, en la época de Juárez y en la de Lerdo de Tejada hubo varios congresos indígenas, en donde el indígena, con una gran claridad, habla de que su condición antes de la Reforma era menos mala que la condición en que lo había dejado la Reforma. Esto, quizá valga otra vez la paradoja, no lo determinaron exclusivamente factores nacionales, sino fue, en cierta forma, trabajo de cuatro o cinco anarquistas españoles que vinieron a México y que trataron de difundir las ideas socialistas. Entre los dirigentes de ese movimiento campesino, reivindicador en contra de todos los despojos de que han sido víctimas los indios y los pueblos estuvo un sastre de la Ciudad de México llamado José María Sánchez. Y José María Sánchez constantemente estaba haciendo referencia a los despojos de que habían sido víctimas los pueblos. Y, es más, por José María Sánchez o por otros tres o cuatro, algunos de ellos españoles, se reunió un congreso indígena; voy a darles a ustedes el dato documental porque no se ha estudiado mucho.

Cuando Juárez, primero, y luego Lerdo estuvieron en el poder hubo un movimiento campesino e indígena de reacción en contra de los resultados que tuvo la Reforma en nuestro país, en que se reclama la restitución de las tierras de que han sido despojados los indígenas y los pueblos. Claro que no les puedo leer los artículos porque son muchos, pero la mayor parte de ellos se publicaron en 1877, en un periódico que se llamaba *La Comuna*, dirigido por un mexicano, pero redactado en su mayor parte por anarquistas españoles. Entonces, con esto quiero documentar lo que había dicho antes: el recuerdo del gran despojo de la Reforma se perpetuó en la memoria de los individuos más despiertos, por ejemplo, Zapata. Cuando Zapata iba al Archivo General de la Nación, a México, iba en busca de papeles de la época colonial que le pudieran servir de prueba en el sentido de que su pueblo, Anenecuilco, había sido despojado por los hacendados circunvecinos de sus tierras. Entonces no se perdió en México la memoria de este despojo.

Si por un lado tenemos la rebeldía latente campesina, y por otra parte tenemos un político que ve con gran sagacidad que en México va a venir una catástrofe el día que muera el anciano que tiene ochenta años, Porfirio Díaz,

que está en la presidencia de la República, pues es muy sencillo conseguir al hombre generoso o ambicioso, o como se le califique, y que se llama Francisco I. Madero, que se lanza a una lucha para disputarle a aquel anciano —ya no la posición del poder, porque aquel anciano tendría que morir de un momento a otro— sino disputarle la oportunidad para que nombre a su sucesor.

EMW: ¿Usted publicó esto sobre el congreso indígena en las publicaciones de la Secretaría de Economía Nacional?¹¹

LCHO: No publiqué las actas del congreso, pero publiqué una serie de artículos de *El socialista*, hablando del congreso; y todo esto se publicó, como decía, en su mayor parte en el año de 1877.

JW: Y usted lo volvió a publicar todo en 1935.

LCHO: Sí, lo más importante. En 1935, sí señor.

Entonces ésa es la razón de la Revolución Mexicana. México está en paz en cuanto a que no hay bandidos que asalten los caminos como sucedió en el siglo XIX. México está en paz. Pero no hay paz en las conciencias. Cada campesino recuerda lo que decía su padre de cuando fueron despojados de sus terrenos. Es que la tradición en México cuenta mucho.

JW: ¿Y usted cree que el feudalismo también existía? ¿El liberalismo había creado una nueva forma de feudalismo, o qué?

LCHO: El feudalismo, tal como se considera en Europa, no existió nunca en México, pero tuvo sus formas; formas que en el aspecto de la explotación de los hombres en el campo se conocen con el nombre de sistema de peonaje, en el trabajo de latifundio. El dueño del latifundio en México se sentía un señor feudal, en cuanto a que creía que tenía jurisdicción sobre los habitantes de su latifundio. De tal manera, que cuando un habitante de ese latifundio realizaba algún acto que consideraba el hacendado que estaba fuera del orden, lo mandaba a la *tlapisquera*, es decir, a la cárcel de la hacienda.

JW: ¿Y nos decía que el sistema feudal nunca fue como en Europa?

LCHO: No, porque se manifestó exclusivamente en la forma de explotación del latifundio. No quiero decir con esto que un terrateniente inconforme con la designación de un gobernador llamara a sus huestes y las armara y fuera a luchar para desalojar a aquel hombre del poder. No llegaban a esos extremos las manifestaciones del poder del terrateniente. Pero había una relación tan amistosa entre terratenientes y autoridades, que cuando había algún peón sumamente rebelde al que no se le podía controlar, el terrate-

¹¹ *Documentos para la historia económica de México* (12 tomos, México, Secretaría de Economía Nacional, Departamento de Estudios Económicos, 1933-1938).

niente pedía la ayuda del gobernador; y el gobernador se la brindaba de muy buena gana, y el gobernador era el que daba la orden para que aquel peón pasara a prestar sus servicios en el ejército, por ejemplo. Y, allí, con la disciplina militar, lo doblegaban al infeliz campesino.

Las formas feudales europeas no se repitieron totalmente en la Nueva España. Pero a pesar de que en España no hubo un feudalismo tan claramente establecido como en Francia o en Alemania —a pesar de que España siempre combatió las manifestaciones de feudalismo en México—, siempre en México, en la época colonial, hubo forma de explotación feudal; formas que se recrudecieron en la época del liberalismo o del centralismo en México. *JW*: Bueno, el rey, con las nuevas leyes de 1542 quería evitar un feudalismo que podría amenazar. . .

LCHO: . . . amenazar a la autoridad del rey. Pero ve usted que a fines de ese siglo, el XVI, el padre Jerónimo de Mendieta, en su *Historia eclesiástica indiana* habla de cómo se fue integrando poco a poco el sistema de servicio a los blancos, cosa que no se manifestaba en España. En la Nueva España lo impusieron los terratenientes no con el vigor con que llegó a manifestarse en Europa.

JW: Según Chevalier, la corona, con tantas deudas, tuvo que ceder mucho a los terratenientes de la Nueva España a fines del siglo XVI.¹² Entonces, después de 1951 la Corona les vendió derechos de propiedad a los terratenientes que ocupaban tierras adquiridas legal o ilegalmente. De esta manera aumentaron su poder.

LCHO: No cabe duda que el poder del terrateniente era muy grande, pero el poder del virrey era incontrastable. Ya lo estamos viendo en el ejemplo aquél a fines del siglo XVII, en que es procesada la señora ésa. Pero Revillagigedo tiene que contestar una pregunta que le hace la metrópoli: las leyes sobre comercio, que abrieron muchos puertos de la península con la Nueva España, en otros términos, las leyes que destruyeron el monopolio comercial en que vivió Nueva España en los siglos XVI, XVII y tres cuartos del XVIII, ¿cómo han sido calificadas en la Nueva España? Hace tantos años, dice la circular, estaba en práctica esta ley. ¿Ha dado resultado?

Revillagigedo contestó, y contestaron con él o a iniciativa de él o dieron sus puntos de vista, mejor dicho, varios funcionarios. Ahora les voy a decir a ustedes la lista de los funcionarios, porque yo publiqué eso. Allí verán que el

¹² Francois Chevalier, "La formación de las grandes latifundios en México (Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII)", *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, 8:1 (1956), pp. 1-258.

tono de la contestación de Revillagigedo y el tono de la contestación de los funcionarios que lo apoyan, al dilucidar aquella duda que tenía la Metrópoli, es de una energía en contra del poderoso terrateniente o comerciante o prestamista, que se queda uno perplejo y tiene que modificar sus ideas respecto al llamado poder de los terratenientes y al llamado poder incontrastable de los comerciantes.

Le voy a dar a usted la prueba: a lo largo de la Revolución, México ha hecho lo imposible por evitar la especulación con el maíz, a través del cual se han hecho fortunas gigantescas. La Revolución no ha podido evitar lo que sí evitó la Colonia, que los terratenientes productores de maíz, y que los comerciantes, que tienen una conciencia tan negra, pudieran especular con la compra y venta del maíz. Y no encuentra usted ninguna queja de los comerciantes españoles en contra de aquel obstáculo que les impone la legislación para evitar la especulación del maíz. Y los españoles contemporáneos que viven en la calle de Mesones, desde el siglo XIX para acá han estado especulando con el maíz. Entonces, ¿dónde está el poder de los agricultores, si no pueden determinar las formas como hay que vender y como hay que comprar el maíz? En un país en donde es lo que se produce por excelencia, ¡no pueden controlar su comercio! Y si usted se pone a hacer cuentas con el volumen que representa el maíz dentro de la economía antes de 1910, llega a la conclusión de que es el principal negocio. Pues ese principal negocio no lo pueden controlar los comerciantes, no lo pueden controlar los agricultores.

Entonces, ¿dónde está el poder del comerciante y del agricultor? Es que México vive, a la sazón, dentro de un espíritu de orden. Se da la orden y la orden se cumple, lesiónese quien se lesione. Pero como la mayor parte de las órdenes que dicta el Consejo de las Indias son para proteger al débil pues entonces el lector de la historia —pero que de veras lee la historia y lee los documentos— no se alarma por aquella cosa tan arbitraria.

JW: ¿Y qué ocurre hoy que existe la CONASUPO, la Compañía Nacional de Subsistencias Populares? ¿Controla a los comerciantes?

LCHO: Poco a poco se va corrigiendo el problema.

Publiqué yo, en una colección denominada *Colección de documentos para la historia del comercio exterior de México*,¹³ en el volumen número 4, una obra que se tituló: “El comercio exterior y su influjo en la economía de la Nueva España en el año de 1793”. Allí está el punto de vista del virrey, del oidor Eusebio Ventura Beleña y del comerciante Tomás Murfi. Por esta colección de papeles se advierte el poder incontrastable del virrey frente a los intereses

¹³ 7 tomos; México, Banco Nacional de Comercio Exterior, 1958-1962.

de las clases sociales. Pese al hecho de que en la Nueva España el virrey tenía el poder incontrastable, lo más singular del caso es que a lo largo de los siglos XVI, XVII y más de la mitad del XVIII, no dispone de una fuerza armada que vaya más allá de veinte hombres. La ley se cumple, en primer lugar, porque se acepta que la ley es sabia, que la ley es justa, y por el respeto que se tiene a una autoridad; respeto tan incontrastable que, repito, la autoridad ejerce su autoridad sin ejército.

JW: ¿Y usted cree que con el rompimiento del respeto a la autoridad con la Revolución de Independencia, desde la Revolución de 1910 el gobierno ha tratado de revivir el respeto a la autoridad que necesita el gobierno para seguir en el poder?

LCHO: Sí. Al mismo tiempo hay la propensión de que el gobernante supremo, en la época revolucionaria, se desentienda cada vez más del ejército. Por ejemplo, en todos los actos que consumó el general Cárdenas, tuvo especial cuidado en que ninguno de sus actos (ni cuando la expropiación petrolera en 1938, ni cuando la sublevación de Saturnino Cedillo en 1938, ni cuando se puso al frente de los campesinos para acelerar la revolución agraria) se apoyara en el ejército. Se apoyaba en su propio prestigio frente a la masa. Y el general Cárdenas era uno de los hombres que podía dormir sin ningún riesgo en cualquier plaza pública.

JW: Cárdenas creó fuentes de poder, de apoyo, en los campesinos y en los obreros para contrarrestar el poder del ejército, ¿no es así?

LCHO: Bueno, él nunca se expresó en esos términos, de que quisiera contrarrestar el poder del ejército. Creo yo que eso persiguió. Nunca lo dijo, pero al fin y al cabo es lo que hizo. Y sus sucesores hicieron lo mismo con excepción de Miguel Alemán, que siempre vivió rodeado de una guardia muy escogida de soldados para que lo protegieran. Alemán le tenía tanto miedo al pueblo que nunca salía de Los Pinos. No despachaba en el Palacio, despachaba siempre en Los Pinos, en la casa oficial del presidente de la República, porque no tenía necesidad de salir a la calle. Fue hasta Adolfo Ruiz Cortines cuando nuevamente el presidente, que no tenía por qué temerle al pueblo, diariamente se dirigía de Los Pinos a Palacio. Y regresaba de Palacio a Los Pinos a comer, y luego seguía despachando en la tarde en Los Pinos.

JW: Pero los otros presidentes, después, ya viven en el Pedregal.

LCHO: Sí, pero el riesgo aumenta porque la distancia es mayor entre el Pedregal y Palacio que entre Los Pinos y Palacio. Entonces, vea usted cómo el presidente que se siente respaldado por el pueblo —porque él, en la medida de sus posibilidades, está siguiendo la línea trazada por el pueblo, que son los postulados de la Revolución— no necesita protección del ejército.

¿Y eso qué quiere decir? ¿Pues que cada vez nos encaminamos más a destruir ese divorcio que existe en muchos pueblos y entre el gobernante y el pueblo, porque el gobernante no cumple con la ley.

JW: Bueno, México siempre ha tenido caudillos.

LCHO: Sí, pero uno de los papeles históricos de Cárdenas es haber destruido al caudillo.

ORÍGENES DEL CAUDILLISMO MEXICANO

JW: ¿Cree usted que el caudillismo surgió con la creación del ejército en las postrimerías de la Colonia?

LCHO: Sí. Miren ustedes, el caudillaje nace en México con Santa Anna. Y se prolonga en una forma vigorosa a todo lo largo del siglo XIX, y en el siglo XX, hasta Cárdenas. Hasta Cárdenas, que coge al caudillo, que es Plutarco Elías Calles, y lo somete con la ley en la mano ---no con el objeto de convertirse él en caudillo, sino con el objeto de ponerle un punto final a aquella etapa histórica a base de caudillos---. Y esas son las grandezas de Cárdenas. No otras cosas que se le atribuyen.

JW: ¿Y de dónde sacó tanto poder Antonio López de Santa Anna?

LCHO: Pues mire usted, el caudillo siempre se forma en el fragor de las batallas, en el aspecto físico de la persona. Y Santa Anna era un hombre seductor, se lucía ante las multitudes y era un hombre valiente. Su fracaso en Texas no le cerró la puerta al caudillaje. Pero en 1838 fue a Veracruz a luchar contra los franceses y le tumbaron una pierna ¡Y eso es algo muy valioso para un caudillo!

JW: ¿Agustín de Iturbide no fue caudillo?

LCHO: ¡Es una personalidad tan compleja, Iturbide! No fue caudillo. Cuando peleó en contra de los insurgentes, fue un general deshonesto, asesino. Cuando realiza la Independencia en 1821 pone un punto final a su vida deshonesto, a su vida de asesino ---que no tiene respeto alguno para la vida de sus adversarios--- y se convierte en un hombre de Estado que siguió una línea equivocada, pero que teniendo en sus manos el poder que tuvo como emperador de México, no echó jamás mano del poder, ni para enriquecerse, ni para asesinar a sus adversarios, ni nada. Entonces hay dos Iturbides. Es lo que no puede concebir muchas veces la mentalidad del historiador mexicano: que en un mismo ser haya dos personalidades. Unas veces esa personalidad se manifiesta de una manera elevada; otras veces esa personalidad se manifiesta, pues, con bajezas. Y como los hombres no son ángeles constantemente, ni demonios constantemente, hay que exhibirlos como ángeles que suelen

ser y como demonios que suelen ser. Unas veces empiezan como ángeles y terminan como demonios: éstos están arruinados en México, porque aquí son los últimos actos de la vida los que valen. Otras veces empiezan como demonios y terminan como ángeles: éstos están salvados. Y es el caso Iturbide; pero no quieren entender los historiadores mexicanos, y lo siguen exhibiendo como a un monstruo, siendo alguien que luchó en contra de la Independencia.

Pues decía que algunos héroes empiezan como demonios y terminan como ángeles, que es el caso de Iturbide. Otros empiezan como ángeles y terminan como demonios, que es el caso de Santa Anna. Pero a ninguno de los dos los entiende el historiador mexicano, pues cree que los seres humanos son perpetuamente ángeles o perpetuamente demonios. Y eso es falso, a ratos es uno un demonio y a ratos es un angelito.

JW: ¿Y Santa Anna fue. . . ?

LCHO: Él empezó como angelito republicano: es quien derriba a Iturbide. Y terminó como un demonio. Como Porfirio Díaz: empieza como un héroe y termina como un dictador.

14 de junio de 1964.

JW: Profesor Chávez Orozco, quisiéramos tocar nuevamente este tema: ¿En su opinión, México ha tenido la necesidad de una dictadura como las dictaduras de Iturbide, Santa Anna, y aún en el siglo XX sigue teniendo la necesidad de disciplina que han impuesto presidentes como Obregón, Calles, Cárdenas y otros, por ejemplo?

LCHO: Bueno, la pregunta es muy difícil de contestar; sobre todo cuando se hace así de improvisado y sin tener un tiempo previo para meditar en ella. Yo creo, sin embargo, que durante la época colonial, los tres siglos de administración de los virreyes demostraron que se puede gobernar a un país como la Nueva España si el gobierno toma en sus manos la ley ---en este caso las Leyes de Indias--- y las aplica honestamente. La Nueva España vivió perpetuamente en paz, salvo unas cuantas manifestaciones indígenas de rebeldía de algunos sectores indígenas ---rebeliones que generalmente suscitaba el hecho de que algunos alcaldes mayores o algunos otros funcionarios no cumplieren con la ley--- y la mejor prueba de que la Nueva España pudo vivir en paz y en progreso, es decir progresando social y económicamente, está en el hecho negativo, si usted gusta, pero de todas maneras un hecho evidente: es decir, la Nueva España no tuvo ejército para mantener al gobernante en el poder. Ése es el mejor testimonio de que podemos echar mano para demostrar que en tanto cuanto las Leyes de Indias se cumplían, con todas las deficiencias humanas pero al fin y al cabo se cumplían, el pueblo vivía en paz.

Era cuando no se cumplían las leyes cuando el pueblo se sublevaba: había escasez de maíz en la alhóndiga de la Ciudad de México, y había la sospecha de que algunos empleados de la alhóndiga estaban especulando con el maíz. Entonces el pueblo se sublevaba con una violencia extraordinaria. Tan violenta fue la rebelión de 1762, si no recuerdo mal, que el pueblo enfurecido, asaltó el palacio de los virreyes, se apoderó de él y le prendió fuego. Mientras el virrey, carente de fuerza militar con qué defenderse, estaba escondido en el convento de San Francisco. Consumada aquella manifestación de violencia, el pueblo se puso en calma, el virrey volvió al palacio y terminó la rebelión.

Lo más singular de esas rebeliones en la Nueva España es que el grito de guerra era inevitablemente "¡Viva el rey y muera el mal gobierno!" Era mal gobierno porque el gobernante no cumplía con la ley, con las Leyes de Indias. En realidad el ejército se empieza a organizar en la Nueva España cuando la metrópoli considera que está inminentemente amenazada, unas veces por Inglaterra, otras veces por Francia, durante las guerras que se suscitaron en la segunda mitad del siglo XVIII. Fue entonces, repito, cuando se empezó a organizar el primer ejército en la Nueva España, como lo demuestra muy claramente, por cierto, una mujer historiadora María del Carmen Velázquez, en una obra publicada en 1950 que le sirvió para graduarse en El Colegio de México, titulada *El estado de guerra en la Nueva España, 1760-1808*.

JW: Hay también un libro por Lyle N. McAlister sobre el fuero militar en Nueva España, ¿lo conoce?¹⁴

LCHO: No, no lo conozco, y es una lástima para mí, porque he estado siempre considerando este hecho a que hacía referencia, es decir, que el hecho de que no haya habido ejército en la Nueva España durante dos siglos y medio es el mejor testimonio de que las leyes se cumplían. Entonces, si no había ejército, el descontento era muy relativo, porque en todos los pueblos descontentos —y más en aquellas épocas en que no existe el arma automática— el arma automática es lo que ha impedido, a partir de las últimas décadas, que el pueblo descontento se subleve. El arma automática que posee el gobierno es susceptible de aplacar el descontento más manifiesto. Antiguamente, el arma de que disponía el gobierno era idéntica a la del pueblo; entonces eran dos fuerzas más o menos equivalentes, cuando menos en el aspecto del armamento. Y por eso es que en el siglo XIX las sublevaciones populares son tan frecuentes.

¹⁴ *The "Fuero Militar" in New Spain, 1764-1800*, Gainesville, University of Florida Press, 1957.

En la Nueva España el gobierno está desarmado. El pueblo posee armas, pero muy pequeñas. Pero, repito, la causa de la paz es la sensación que tenía el pueblo de que la ley se cumplía. Esa sensación desaparece, por desgracia, a partir de la Independencia, cuando las Leyes de Indias, protectoras del débil, desaparecen con la racha verdaderamente demagógica de todos los que suponían que bastaba la independencia política de México, para que México resolviera todos sus problemas. Los hombres de mayor experiencia, por ejemplo el doctor Mier, inclusive Carlos María de Bustamante, se espantaban de la abolición de las Leyes de Indias, en cuanto a que cesaba el factor más importante de la protección al débil. Y entonces veremos que los criollos, realizadores de la Independencia, con la mira clarísima de adueñarse del poder y adueñarse de los bienes de los españoles peninsulares radicados en México en número más o menos de 70 mil, pues adoptaron frente al débil una actitud sumamente violenta que suscitó un gran disgusto popular.

¿Por qué Iturbide no se pudo sostener en el poder? Yo no estoy absolutamente cierto de lo que suele decirse, en mi concepto, demagógicamente, es decir, que el pueblo quería un régimen republicano similar al régimen norteamericano, por ejemplo, que ésa fue la causa del descontento. Es no más que atribuirle al pueblo, tan mal educado políticamente, ideas que no tenía. El pueblo de la recién nacida nación, México, pues no tenía la menor idea de lo que era una república. Entonces, no podía aspirar a un régimen republicano. Si el ejército se sublevó en contra de Iturbide, es porque la hacienda pública durante su régimen sufrió un colapso e Iturbide no dispuso de recursos para pagarle a su ejército y pagar la nómina de los empleados civiles.

Además, Iturbide no pudo convertirse en dictador, en mi concepto, porque él había sido un general al servicio de España, siendo criollo, y se había esmerado en combatir la insurrección de Independencia. Había tenido éxitos militares extraordinarios; pero por ser éxitos obtenidos en batallas en contra de los insurgentes, esto no le daba prestigio militar y popular. Cuando fue gobernante quiso alterar su línea de conducta, y se convirtió en un hombre que aspiró a gobernar por los métodos más suaves. Además, yo siempre he creído que Iturbide como luchador en contra de la insurgencia fue un hombre deshonesto. Pues bien, ese hombre deshonesto durante la lucha en contra de los insurgentes, apenas asume el poder se convierte en un hombre sumamente honesto. Pero no puede convertirse en dictador, pese a sus buenas intenciones, porque el dictador en México necesita, como se verá después, el prestigio de un éxito militar espléndido. Si hay una batalla detrás del ciudadano, pues ese ciudadano se puede convertir en dictador. Es el prestigio militar el que le da el rango de caudillo. Y una vez adquirido ese

rango, puede ser un caudillo liberal o un caudillo conservador; pero al fin y al cabo, un hombre que gobierna al país en forma dictatorial.

ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA Y EL CAUDILLISMO

El caudillaje empieza a aparecer con motivo del derrumbamiento de Iturbide, lo que consigue un general muy joven, Santa Anna, muy brillante en lo físico y con una intuición muy clara de lo que puede ser él como dictador. Pero es tan desmesurada su ambición, que los civiles le cierran el camino y no llega al poder; derrumba a Iturbide pero no llega al poder sino hasta 1833.

Pero esta conquista que hace Santa Anna la hace a la sombra de su éxito militar contra los españoles: cuando los españoles equivocadamente suponen que pueden reconquistar México en 1829 y mandan un ejército al mando de Isidro Barradas, entre Santa Anna y el general Manuel Mier y Terán derrotan de una manera definitiva al ejército invasor. Eso le dio a Santa Anna mucho prestigio; prestigio a la sombra del cual pudo conquistar el poder.

Llega al poder Santa Anna y empieza a manifestarse como un dictador liberal, de izquierda. Empiezan las persecuciones de los hombres atrasados, inclusive en contra del clero. Pero Santa Anna, desde luego, se da cuenta de su error, se retira del poder y deja a Valentín Gómez Farías como vicepresidente de la República encargado del despacho.

Gómez Farías es un civil que ha titubeado a lo largo de su vida política de una manera más o menos clara y más o menos cínica, porque es uno de los hombres que arrastran a los diputados para coronar a Iturbide y después le voltea las espaldas. Esto en México tiene una importancia extraordinaria para quien aspira a gobernar a México en cualquier forma que sea, ya sea en forma liberal, es decir, luchando contra las fuerzas más tradicionales y atrasadas del pueblo, ya sea de una manera conservadora.

Santa Anna, repito, se retira a su hacienda, deja al vicepresidente encargado del poder, precisamente para que sea el que reciba todos los golpes. Los recibió Gómez Farías, que pretendió, aunque no de manera muy enérgica, la desamortización de los bienes del clero. Gómez Farías se ha convertido —lo han convertido algunos historiadores— en un ídolo del liberalismo. Para mí, él no tiene derecho a esa devoción por la sencilla razón de que engañó a los liberales. Gómez Farías excitaba a los liberales para que presentaran proyectos radicales, como todos los proyectos concebidos por el Dr. Mora. Pero detrás de aquellos proyectos desamortizadores que lesionaban tanto los intereses del clero, era Gómez Farías quien desde la presidencia aconsejaba a sus amigos para que en la Cámara ni siquiera

llegaran a discutirse. De todas maneras, el pueblo, conducido por el clero, cuyo poder era incontrastable, estaba sumamente irritado por esta actitudseudoliberal de Gómez Farías. Y éste se derrumbó precisamente por la actitud de Santa Anna que regresa a México, asume el poder y se manifiesta como un hombre que ha salvado al clero y a todos los sectores de aquella dictadura de tipo liberal con que había pretendido gobernar al país el vicepresidente de la República, Gómez Farías.

Entonces, vea usted, Gómez Farías no puede ser un dictador, primero, porque es civil, no tiene tras de sí el prestigio del éxito militar; luego, porque es un hombre sumamente insincero, supuesto que se manifiesta como un hombre amante de la Reforma en México, y por debajo del agua, aconseja a los diputados para que no se discutan, y mucho menos se aprueben, aquellas leyes en contra del clero. Esta afirmación es muy grave. No suele hacerse en libros ni en los artículos periodísticos de carácter histórico. Precisamente, si ustedes me permiten, voy a mencionar algunas fuentes.

No obstante que el doctor Mora (el más cercano de los colaboradores de Gómez Farías y el inspirador de los documentos políticos más extremistas de su régimen) sentía por Gómez Farías una gran estimación, una vez que hizo la crónica del régimen de Gómez Farías en el volumen primero de sus *Obras sueltas* (1838), al relatar la caída de Gómez Farías como vicepresidente de la República ante el empuje de Santa Anna, dijo que aquél no quiso defenderse y adoptó una actitud cobarde; en primer lugar, porque no promulgó las leyes que podían convertirse en un instrumento para tener el apoyo popular, y, además, basta este hecho, el no haber publicado las leyes redactadas por su gran colaborador, el doctor Mora, para que el pueblo le tuviera desconfianza. Para Santa Anna fue sumamente sencillo derribar a un hombre que había engañado al pueblo.

Este dato está consignado de una manera muy clara en un periódico del 4 de octubre de 1834, titulado *La Oposición*; y redactado fundamentalmente por Andrés Quintana Roo, que era un hombre de los más serios que habían intervenido en la política mexicana de aquella época, por más que no haya ocupado puestos sumamente eminentes —si exceptuamos los pocos meses que estuvo como presidente de la Suprema Corte de Justicia—. (Quintana Roo es un hombre honrado, que no huye del país como huyeron la mayor parte de los dirigentes de la Reforma de 1833-1834, sino que se queda en México con el objeto de defender las ideas liberales, y funda un periódico titulado *La Oposición*.) Pues bien, Quintana Roo, colaborador de Gómez Farías y amigo del Dr. Mora, habla en *La Oposición* de la deslealtad con que se portó Gómez Farías con los sectores liberales al impedir que se discutieran las leyes de Reforma redactadas por el Dr. Mora. Vea usted cómo Gómez

Farfás, que disfrutó de tanto prestigio en el sector liberal, no pudo convertirse en un dictador, primero, porque fue civil, y luego porque engañó al pueblo.

Santa Anna, en esa época, en el año de 1834, tampoco pudo convertirse en un dictador porque le faltó el prestigio de una gran batalla en aquel momento. No se puede presentar como héroe; él se puede presentar como un político más o menos marrullero, que dos o tres años antes ha pretendido poner en práctica las leyes y hacer una política reformista; que cuando ve el disgusto de la reacción abandona el poder y se va a refugiar a su hacienda. Un hombre así no puede ser un caudillo.

Pocos meses después, Santa Anna organiza un ejército y marcha sobre Zacatecas para derribar al último reducto del liberalismo en México, que es el gobernador de ese estado, Francisco García Salinas. Francisco García es un hombre extraordinario por muchos conceptos, y por eso tiene una gran influencia en el sector liberal. Para defenderse, García opone la fuerza de la milicia cívica. Pero la milicia cívica, frente al empuje de un ejército, es muy difícil que pueda ganar la lucha. Así es que vencido García, Santa Anna se apodera de Zacatecas.

Pero en esta lucha hay algo muy importante que relata un francés que acompañó a Santa Anna en su marcha de México a Zacatecas. Dice este francés (en un artículo publicado en la revista de mayor circulación entonces en Francia, la revista de *Ambos Mundos*) que cuando Santa Anna salió al balcón a recibir el aplauso del pueblo de Zacatecas después de su triunfo, le pregunta Santa Anna: “¿Y qué tiene que ver la Batalla de Waterloo con esta batalla que he dado yo a estos liberales de Zacatecas?”

Entonces, fíjese usted que esta pregunta al francés no es nada ingenua; revela la mentalidad de Santa Anna, que aspira a un poder incontrastable.

Pues bien, después de Zacatecas, viene el caso de Texas. Santa Anna organiza un ejército para someter a los texanos. Es vencido y hecho prisionero en 1836. Entonces todo su pequeño prestigio militar por haber sido el que derrota a Iturbide o el que se apodera de Zacatecas de una manera tan violenta desaparece ante esa derrota; y sobre todo ante el gravísimo error que cometió en San Jacinto convirtiéndose en asesino de un puñado de norteamericanos que están luchando por la libertad de Texas. Este hombre además comete el error de ir a Washington a entrevistarse con el presidente, si no me equivoco, el general Andrew Jackson.

Esto fue visto con mucha desconfianza por el pueblo de México, pues inmediatamente se imaginó que Santa Anna pudo haber ido a hablar con el general Jackson hasta Washington para contraer tales o cuales compromisos. Por eso es que a Santa Anna se le atribuye la pérdida de Texas, atribución que es muy infantil, porque con y sin él México de todas maneras hubiera

perdido a Texas. Pero claro, México siempre anda reclamando una cabeza de turco a quien atribuirle los errores. Y en este caso, en lugar de convertirse en héroe, Santa Anna se convirtió, repito, en la cabeza de turco de todo el pueblo de México, que le atribuyó todos los errores cometidos en la cuestión texana.

Regresa Santa Anna a México, cuando el conato de invasión de Francia, en 1838. Muy espectacularmente, porque era un hombre muy amante del espectáculo, pretende luchar en contra de los franceses en Veracruz, y una bala de cañón le arrebató una pierna. ¡Ah!, esto es en México una cosa muy espectacular, y el desprestigio que había tenido desaparece totalmente para convertirse en un héroe. Él, naturalmente estimuló mucho la pérdida de su pierna, que, por cierto, fue enterrada con honores militares. Y allí es donde se abre otra vez la oportunidad para que este hombre se convierta en dictador. Y, en efecto, podemos afirmar que entonces, a partir de 1838, todo lo que pasa en México es atribuible a Santa Anna. Adquiere un prestigio enorme entre el sector militar.

Santa Anna —se me olvidaba esto, muy importante— tiene otro fracaso militar en la lucha contra los Estados Unidos en 1847-1848, que vale la pena considerar para que se vea cómo este hombre tan hábil, a pesar de sus desastres tan estentóreos pudo convertirse en un dictador. En el año de 1847, repito, sobreviene la lucha entre los Estados Unidos y México, y Santa Anna es derrotado y fracasa en su propuesta de defender la Ciudad de México.

Entonces, el héroe de Veracruz en 1838, diez años después, en 1847, se convierte en un hombre execrable, que es desterrado del país porque se considera que nada más está haciéndole daños a la patria mexicana. Está en el destierro desde 1848 hasta 1853, cuando el grupo conservador lo llama para hacerse cargo del poder.

Esto da idea de la situación de México. Es decir, cuando hombres de una mente tan clara como Lucas Alamán llegan a la conclusión de que solamente un hombre como Santa Anna puede gobernar a México, México está al borde de la disolución. El remedio se adivina en una escena poco conocida y que sobrevino en el momento de la lucha en septiembre de 1847, cuando los muchachos del Colegio Militar veían las operaciones desde el Colegio. Podían ver cómo se movían las tropas mexicanas y las tropas norteamericanas, la habilidad del movimiento del ejército norteamericano y la torpeza de los movimientos de las tropas mexicanas dirigidas por generales viejos, entre ellos Santa Anna, desprestigiado. Estos dos jóvenes en la terraza del castillo hablando entre sí sobre aquel espectáculo, llegan a la conclusión de que los hombres viejos que están en el poder, y que tantos perjuicios le han hecho

a México, liberales o conservadores, son los responsables de todo el desastre internacional.

Pero, a la sazón, está en el Colegio Militar, como alumno, por ejemplo, Sóstenes Rocha, que después es un general que se une a las fuerzas liberales de Juárez, y es el instrumento más eficaz de éste para someter a sus adversarios. Pero está también Miguel Miramón como alumno del Colegio, jovencito, y que después se convierte en el general más hábil del sector conservador. Entonces, allí se anuncia que de un momento a otro debe haber una renovación de hombres. Porque los que han estado en el poder desde 1821, al sobrevenir la República, no le hacen a México otra cosa sino daño. Y en efecto, así sucedió. Los viejos encabezados por Alamán mandan a traer del destierro a Santa Anna en el año de 1853 para entregarle el poder. Entre ellos no hay un solo hombre de prestigio. Viene Santa Anna a ejercer el poder, pero a ejercer el poder dictatorial, tal como lo preconizaba la invitación.

JW: ¿Y los hombres que se dieron cuenta desde el castillo de la causa del desastre mexicano, quiénes fueron?

LCHO: Fueron tal vez la mayor parte de los alumnos, pero en donde está el dato de una manera muy clara es en unas memorias que escribió uno de los alumnos ya siendo viejo. Si ustedes me permiten, voy a mencionar esta obra porque es muy importante.

Decía yo que el estado de ánimo de los jóvenes cadetes del Colegio Militar está consignado en unas memorias que escribió uno de esos mismos cadetes, llamado Ignacio Molina. Las escribió hasta septiembre de 1902 y se publicaron en el mes de noviembre de 1902 en la revista *Positiva* —órgano de los positivistas en México—, que se publicaba en la Ciudad de México. Aquí se demuestra que los jóvenes mexicanos de aquella época, del momento de la invasión, ya estaban terriblemente decepcionados, no exclusivamente de los conservadores, sino de los liberales que también habían cumplido con su deber. México carece a la sazón de dirigentes. Ni los dirigentes liberales ni los conservadores tienen la capacidad de dirigir al pueblo de México ya para entonces. Se explica que los conservadores, encabezados por don Lucas Alamán, hayan aspirado a traer a Santa Anna del destierro para que gobierne el país y prepare el advenimiento de un príncipe extranjero que venga a poner orden, cosa que no nos gusta, naturalmente, pero que es muy explicable. El pueblo de México llega a tener la convicción, tal como la expresó con tanta elocuencia José María Gutiérrez de Estrada, de que no hay en México un hombre de suficiente prestigio para gobernar al país. Todos están totalmente liquidados.

Uno de los documentos más pesimistas que hayan aparecido sobre nuestro país es el que publicó en Francia, en el año de 1848, don José María Gutiérrez de Estrada, y que se tituló *México en 1840 y en 1847*. En este folleto, sumamente raro, compara la defensa que hizo México durante la invasión norteamericana, con la defensa que hizo España en la invasión napoleónica de 1808. Descubre los contrastes y llega a la conclusión a que hacía referencia. Es decir, México carece de hombres de prestigio para conducir al pueblo, ya no a tal o cual empresa secundaria, sino a una empresa vital: la defensa. Analiza después una tesis más o menos vaga de algunos liberales que consideran que los problemas de México se resolverán mediante la anexión de México a Estados Unidos. Llega a la conclusión de que ni México debe subordinarse a una dominación extranjera, ni menos resolver a perpetuarse en un estado de anarquía doméstica. Y la conclusión final es ésta: "México debe gobernarse como un país independiente, pero con un príncipe extranjero; con todas las formas constitucionales que se quieran, pero al fin y al cabo, con un príncipe extranjero".

Hay un párrafo muy interesante donde afirma que durante nuestras contiendas internas a partir de la independencia, ninguna clase social ha cumplido con su deber como parte integrante de la nación mexicana; ni los políticos profesionales ya sean liberales o conservadores, ni los hacendados, ni los mineros. No habla de los comerciantes, porque en México no había un solo comerciante mexicano a la sazón. México se despoja a sí mismo de su equipo comercial cuando expulsa a los españoles en 1828-1829. Estos españoles no fueron sustituidos por mexicanos, fueron sustituidos por franceses, por ingleses y por norteamericanos. Entonces, el sector más próspero desde el punto de vista económico, que es el comerciante, no es un sector mexicano, es un sector extranjero, que como extranjero, pues actúa en función de sus intereses, de sus intereses como extranjero.

Repito, pues, que no es hasta que llaman a Santa Anna los conservadores cuando en el año de 1853 se designa a sí mismo como "Alteza Serenísima" y se convierte en un dictador, que por cierto no fue sanguinario, como suelen serlo otros dictadores en la historia. Santa Anna no lo era, entre otras cosas, por algo que en México ejerce una política nacional, cualquiera que sea esa política: la mujer. La mujer de Santa Anna era una excelente mujer, la señora Tosta, que influía mucho en su ánimo y que lo frenaba en sus ímpetus de dictador. Aquella mujer evitó que Santa Anna se convirtiera en un asesino, como suelen serlo la mayor parte de los dictadores. Santa Anna no mataba a sus enemigos, los expulsaba. A unos los expulsaba al extranjero.

Hago distinción porque hay una obra de un expulso de la Ciudad de México, de Guillermo Prieto, a quien unas veces mandaba a vivir a Zacatecas

y después a Puebla o a otro estado, en fin, lo traía viajando. Por eso es que la obra autobiográfica de Guillermo Prieto es tan importante. Él habla de sus correrías por la República, pero no por propia voluntad, sino por orden suprema. De allí que su obra se titule *Viajes de orden suprema* (1857). Es una obra sumamente amena, como todo lo que escribió Guillermo Prieto, pero además era importante para dar a conocer lo que era el pueblo de México durante la dictadura de Santa Anna. Y por ese libro se comprueba que Santa Anna, siendo dictador, no fue un asesino. Fue un hombre que se defendía de sus adversarios sacándolos de la Ciudad de México, unas veces a provincia otras veces, como en el caso de Juárez, como en el caso de Melchor Ocampo, pues se establecieron en los Estados Unidos, en la parte sur, en la parte esclavista. Menciono que tiene ese carácter, pues ésa pudo haber sido la sugestión más elocuente de que México tuviera que modificar sus instituciones sociales. Ellos vivieron allí en vísperas de la lucha de secesión a consecuencia de las condiciones sociales norteamericanas. Entonces, si ellos eran tan admiradores de los Estados Unidos, lo que menos podían hacer era no incurrir en el error norteamericano. Pero cuando regresaron a México e hicieron la Reforma, todos ellos se esforzaron en darle fuerza a la constitución feudal social en que vivía México; porque no cabe duda de que se trata de hombres de buena fe, amantes del pueblo. Pero su amor al pueblo no llegó ---ni aun en el caso de Juárez--- a destruir el régimen feudal en que vivía México, que por paternalista que haya sido, era más duro quizás que el régimen esclavista del sur de los Estados Unidos.

Entonces, ven ustedes cómo ---saliéndome un poco del tema de los dictadores--- la influencia de los Estados Unidos, en cierta forma, era una influencia negativa. Porque los mexicanos hacían este silogismo: ¿Estados Unidos es la república más próspera de todo el mundo? Sí. ¿Estados Unidos tiene fama en el mundo entero de que integra la nación más democrática? Sí. ¿En Estados Unidos existe la esclavitud? Sí. En consecuencia, México no está fuera de la norma norteamericana, supuesto que tiene una institución menos dura que la esclavitud, el régimen del peonaje.

No digo que este silogismo esté consignado en letras de molde, en algún documento, no, pero ése forzosamente fue el silogismo. Y cuando me refiero al peonaje, y tan no estoy exagerando la cosa cuando digo que los liberales más honestos no se espantaban de él, que alguna vez el presidente Lincoln le pregunta intempestivamente al embajador de México en Washington, don Matías Romero, si México tiene un régimen de peonaje. Y este hombre hace maromas para demostrar que ese régimen de peonaje que existe en México es un régimen paternalista. Entonces, repito, la admiración que sentían los liberales por los Estados Unidos tenía un límite: allí donde lesionaba sus

intereses la imitación de las instituciones norteamericanas, allí dejaban de ser amigos los norteamericanos. Porque viene la guerra de secesión, determinada por el régimen esclavista en el sur. Entonces, si la influencia de los norteamericanos en México hubiera sido perpetuamente seguida y positiva, lo natural era que en México se hubiera hecho la Revolución de 1910! Pero fíjense ustedes cuántos años transcurrieron entre la guerra de secesión y la guerra de liberación del peonaje: más o menos 40 años.

Resumiendo el caso de Santa Anna: fue un dictador que asumió el poder de dictador propiamente dicho ya siendo muy anciano, rodeado de ancianos, en los momentos en que la juventud aquella que empezó a observar con gran preocupación el problema de México del año 1847-1848 ya tiene suficiente edad para luchar, para adueñarse del poder. Es la generación que acompaña a Juárez y a sus hombres en el momento de la Reforma, donde el único viejo es Juárez; todos los otros son relativamente jóvenes. Entonces es una dictadura muy relativa la de Santa Anna. No pudo ser dictador porque cuando asumió la dictadura ya era un viejo, rodeado de viejos desprestigiados a quienes se atribuía toda la responsabilidad por los desastres que había sufrido México.

PORFIRIO DÍAZ Y LA UNIDAD DE MÉXICO

El otro dictador, Porfirio Díaz, ése sí surge con todas las circunstancias propicias para ser un dictador, y un gran dictador. Porfirio Díaz es un hombre que destaca mucho militarmente durante la lucha con Francia y suenan en 1867 los fusiles en el Cerro de las Campanas para fusilar a Maximiliano y a Miramón. Como representante de los sectores más atrasados de México, Díaz tiene un prestigio nacional e internacional indiscutible. Él se siente con méritos suficientes para ser presidente de la República. Tiene prestigio como militar y tiene prestigio como hombre sumamente capaz para manejar los fondos del Estado. Esto es muy importante en México a la sazón. México ha vivido en perpetua bancarrota desde el año de 1821 en adelante. No hay un solo gobierno que tenga los suficientes recursos para subsistir. Don Porfirio, cuando termina la lucha con Francia, lo que hace primero es entregar a la tesorería una cantidad muy fuerte de los recursos que le había entregado Benito Juárez para la lucha. Eso fue una cosa espectacular, que se ganó la voluntad de un pueblo que había vivido desde el año de 1821 en perpetua bancarrota.

Cuando ese hombre, buen administrador, se presenta en las elecciones en lucha contra Benito Juárez, pues tiene títulos para hacerlo. Nada más que Juárez es un viejote muy grandote capaz de ganarle a un caudillo militar. Él

nunca se ha puesto el traje de militar, Juárez, pero al fin y al cabo es el que dirige la lucha contra Francia y es el que tiene todos los títulos de gloria. ¡Y qué tan grande en nuestro medio político no será Juárez, que ni aun Porfirio Díaz es capaz de derribarlo del poder! Y está luchando a partir de 1867 por adueñarse del poder. Y no lo consigue sino hasta que Juárez muere. Porque el sucesor de Juárez, Lerdo de Tejada, don Sebastián, es un hombre sumamente despreocupado a quien le gusta vivir bien la vida, le gusta comer bien, tomar buenos vinos, y considera que las cosas en política las hace el prestigio de la ley, y no la diligencia del gobernante; y se dedica a un *dolce far niente* que utilizó el otro, Porfirio Díaz, para organizar la lucha militar en contra de él. Lo derribó y asaltó el poder. Asaltó el poder lleno de prestigio, que ni siquiera las derrotas que sufrió frente a Juárez fueron capaces de estorbarlo para adueñarse del poder y convertirse después en dictador. El general Díaz es el dictador típico de la América Latina.

Yo escribí, hace muchos años, un ensayo sobre la dictadura de Díaz, que si lo menciono no es porque sea mío, ni mucho menos por ser una obra de juventud, sino por los elogios que alguna vez hizo de ese estudio mío un amigo nuestro, Francois Chevalier, quien lo leyó en la revista *Contemporáneos* y lo elogió mucho. Pero además hay esto, y quiero que quede consignado, porque es una de las cosas que me enorgullecen: yo escribí ese estudio comisionado por la Secretaría de Guerra entonces, hoy la Defensa. Querían que escribiera una historia militar de México. Anteriormente había publicado algunas cosas, por ejemplo, *El Sitio de Cuautla*,¹⁵ *El Sitio de Puebla*,¹⁶ y me puse a estudiar, con mucha reserva, la dictadura del general Díaz. Digo con mucha reserva, porque yo era muy joven y yo era el primero en calificarme con insuficiente experiencia para poder escribir sobre un fenómeno tan complejo. Pero las órdenes en el ejército son órdenes, y me puse a trabajar. Bien, pues alguna vez mi jefe inmediato, el general Gabriel Gavira, considera que para ayudarme y para ayudar a un amigo suyo necesita nombrarme un ayudante. Y nombra a un hombre que había figurado mucho en los últimos años de la dictadura del general Díaz, y a quien conocía yo de nombre pero no de vista. Me conocía de nombre porque yo había publicado, como les digo, algunas otras cosas. Cuando llegó a mi oficina este señor, que ya era grande, como de sesenta y tantos años, pregunta por Luis Chávez Orozco y le digo:

¹⁵ México, Ediciones "La Razón", 1931.

¹⁶ México, Imprenta Comercial Mexicana, 1927.

“Yo soy Luis Chávez Orozco”.

“¡Qué!, ¿usted es Luis Chávez Orozco?”

“Sí, yo soy Luis Chávez Orozco”, y me dice:

“¡Pero si escribe usted como un viejo!”

Es decir, que yo había podido dominar mis pasiones personales para escribir de la manera más objetiva. Ése es uno de los primeros elogios que he recibido en mi actividad como historiador y que he agradecido mucho.

JW: ¿En qué año?

LCHO: Estoy hablando del año 1926-1927, cuando yo tenía alrededor de 25 o 26 años; es decir, sumamente joven, con poca experiencia para comprender un fenómeno tan complejo como éste de la dictadura porfiriana. Después publiqué mi estudio titulado “Orígenes de la autocracia de Porfirio Díaz” en la revista *Contemporáneos*, en el número 21 del año de 1930, en el mes de febrero.

En este ensayo mío sobre los orígenes de la autocracia de Porfirio Díaz es en donde consigné las ideas de que para que un hombre se convierta en México en caudillo y en dictador se requiere el prestigio que da el éxito en la lucha militar a través de dos, tres batallas, que le dan un gran relieve a ese ciudadano, relieve que reconoce todo el país y a consecuencia del cual se adueña del poder y una vez en él, puede hacer del pueblo lo que guste.

Hay dictadores buenos, como es natural, y hay dictadores malos. Yo creo que la dictadura de Díaz tiene un aspecto sumamente positivo. En primer lugar, le dio unidad al país, que era una república perpetuamente amenazada por la mutilación territorial y además porque carecía de cohesión. Había unos cuantos caciques regados en todo el país que hacían su voluntad como gobernantes regionales y sin tener en consideración los designios nacionales que podía abrigar el presidente de la República, en este caso el general Díaz.

Entonces, lo que hace el general Díaz es destruir el régimen de cacicazgo que impera en todo el país. Para ello se valió de una vía de comunicación muy rápida. Es decir, cuando el general Díaz estuvo en condiciones de movilizar su ejército —echando mano del ferrocarril—, se puede decir que no sólo se consolidó en el poder, sino que consolidó una situación que hizo de México un país susceptible de ser gobernado. Un país donde las provincias están aisladas entre sí, como era México antes del advenimiento del ferrocarril, tenía que ser gobernado por una simulación de presidente de la República, porque no ejercía él ningún poder en todo el país, y entregado a los caprichos y a la rapiña de los gobernantes regionales, los gobernadores. Estos gobernadores se llamaban algunas veces federalistas, otras veces centralistas. Pero en realidad no eran eso; eran unos caciques que se convertían en verdaderos obstáculos para la unidad de un país como México.

México recibió su unidad de la administración de Díaz, de tipo dictatorial, que no se caracterizó por ser sumamente sangrienta. Encarcelaba a sus enemigos por algunos meses, luego los ponía en libertad; considerando que con aquel encarcelamiento habrían esscarmentado, pero ni los lanzaba al extranjero, como sucedió después, ni los fusilaba. Ya en nuestra primera sesión les he relatado que uno de los primeros actos del general Díaz fue aterrorizar no solamente a sus enemigos, sino en general al país, fusilando en 1879 a unos cuantos hombres sin significación que tuvieron un conato de rebelión en Veracruz. Él dio la orden de que se les fusilase, echando mano de aquella frase muy conocida en la historia de México: "mátalos en caliente", que le dio al gobernador Luis Mier y Terán. Los fusiló, a seis o siete individuos, pero fue una cosa tan espectacular, fue una cosa tan cruel, que ya no hubo ningún conato para una sublevación de ese tipo. Se puede decir que la paz en México está levantada sobre —pues claro, por el genio político de Díaz— los cadáveres de aquellos hombres que son al modo de héroes. Claro que ellos no buscaban el propio sacrificio; pero el propio sacrificio al que fueron sometidos fue al fin y al cabo la oportunidad para que México viviera unas décadas de paz que favorecieron el establecimiento de una pequeña red de comunicaciones que le dio unidad geográfica a México, y que además contribuyó mucho a la nivelación del presupuesto nacional.

Ya hemos dicho que una de las características de Díaz fue su capacidad como organizador de un ejército, pero además como un hombre que sabe manejar honestamente los bienes de la nación. Con una administración así se equilibraron los ingresos y los egresos. Tuvo el jefe de Estado suficientes elementos para pagar la nómina del ejército y para pagar a los empleados. Y eso es una condición *sine qua non* para que en México alguien perdure en el poder, y sobre todo para que el dictador pueda ser de veras un dictador.

En resumen, el dictador propiamente dicho en nuestro país, antes de la Revolución, solamente el general Díaz. Santa Anna fue un conato de dictador que no llegó a cuajar. Iturbide se empeñó en regenerar su existencia política, abandonando los viejos hábitos de dureza que durante la lucha en contra de los insurgentes cometió: quiso gobernar con la ley en la mano. Pudo haberlo conseguido si no hubiera sido porque se desquició totalmente la hacienda pública, y consecuentemente no tuvo recursos para pagar el salario del ejército y de la administración pública; no tuvo gente capaz de defenderlo. Desde entonces sobrevino el colapso hacendario de México, y a partir de ese colapso empezó la lucha intestina. Porque cualquier ambicioso podía lanzarse al monte y reclamar para sí el poder. ¿Por qué? Porque la gente que está en el poder en aquel momento no tiene recursos económicos para defenderse. Es lo que puedo decir a ustedes por lo que toca a dictadores anteriores al año de 1910.

LÁZARO CÁRDENAS Y EL TEMA DEL CAUDILLISMO

Después de 1910 hay alguno que tiene la característica de dictador muy bien marcada, como es el general Calles, pero que tuvo además el talento suficiente para percatarse de que su prestigio había bajado mucho, se había minimizado; de tal manera que no podía seguir desempeñando el puesto de dictador. Entonces abandona el país y es un dictador singularísimo porque asume el poder nada más durante cuatro años. Y, durante seis o siete años más, fuera del poder, el poder que da la presidencia de la República, siguió manejando a México como un dictador; es decir, muy duro. Y llegó muchas veces su acción hacia la crueldad, quizás necesaria, quizás no. Eso habría que averiguarlo, porque todavía estamos muy cerca de los acontecimientos para poder juzgar con desapasionamiento.

JW: Unos historiadores han calificado a Cárdenas como caudillo, porque aunque él no quería serlo y habló de no mezclarse en la política después de salir de la presidencia en 1940, durante su gestión tuvo que actuar con mucha fuerza. No obstante que fue demócrata mexicano en el sentido que escuchó a la gente, tuvo que gobernar con la mano muy fuerte. Y en su vida militar, siendo él general de división, nunca ganó una batalla grande.

LCHO: Mire usted, el general Cárdenas es un caso de excepción en la historia de México. Yo creo que no se le puede calificar como caudillo. Si hemos de darle una denominación, una denominación muy acomodada al momento, se le puede calificar como líder, no como caudillo. El caudillo, como decía, opera auxiliado por un ejército, en primer lugar. En segundo lugar, la acción de Cárdenas, muy eficaz, se endereza en contra de quien sí es un dictador y un caudillo, el general Plutarco Elías Calles. Pero Cárdenas es un hombre muy consecuente. Entonces, si él ha luchado por la respetabilidad del presidente de la República, que no debe obedecer a otra cosa sino a la ley, y si usted quiere a sus propios designios —pero no a los designios de otros ciudadanos, por más poderosos que sean—, Cárdenas tiene que luchar en contra de Calles. Vence a Calles. Pero en todas las empresas a que se entregó Cárdenas, por ejemplo en la reforma agraria, en la expropiación petrolera, en la lucha contra las manifestaciones del nazismo en México —me estoy refiriendo a la lucha en contra de Cedillo—, en todas estas ocasiones, Cárdenas no buscó el apoyo de su ejército; contaba con un gran apoyo popular, sumamente espectacular.

JW: De los campesinos armados, de los obreros. . .

LCHO: . . . De los obreros organizados, pero además campesinos y obreros que actuaban dentro de un teatro. Ese teatro es el Zócalo de la Ciudad de México, donde caben muchos miles de gentes, donde el jefe del Estado está

en condiciones de agruparlos y luego dirigirse a ellos a través de un discurso sumamente elemental, pero sumamente claro.

JW: Cárdenas entonces creó nuevas fuentes de poder. ¿Se puede decir que fue un nuevo tipo de caudillo porque creó dos fuerzas de poder con los campesinos y los obreros para equilibrarlos con la fuerza del ejército? Por primera vez en la historia de México no era un solo grupo el que podía actuar a favor de sus propios intereses y el presidente podía valerse de otros grupos para contrarrestar cualquier amenaza.

LCHO: Bueno, es claro que Cárdenas gobierna al país con apoyos sociales, fundamentalmente con apoyo de los campesinos y de los obreros y con apoyo de un sector muy importante de la clase media. Ésos son los sectores que apoyan a Cárdenas. También el caudillo tiene que apoyarse en los sectores sociales, el más importante de los cuales es el ejército, si usted quiere. Pero de todas maneras, el ejército, que representa no solamente sus intereses, sino que puede representar unas veces los intereses de la nobleza, otras veces de la burguesía. Otras veces ese ejército se alía con el proletariado como en el caso de la Revolución Rusa, cuando Lenin se apodera del poder. Pero en el caso de Cárdenas, él se esmeró, es decir, si hubiera hecho un llamado al ejército para apoyarse en su lucha en contra de Calles, el ejército hubiera acudido —si usted quiere, por oportunismo— porque se veía claramente que Cárdenas es un astro que sube y Calles es un astro que declina.

Pero la realidad es que Cárdenas nunca buscó el apoyo del poder para realizar sus principales actos políticos y sociales. Buscó, sí, el apoyo de la clase campesina, el apoyo de la clase obrera, y el apoyo de la clase media progresista. Pero esto es lo más singular de Cárdenas: se convierte entonces en un líder. No lo califico de caudillo por las características militares, que no tuvo Cárdenas. Cárdenas es un líder nacional que se esmera, a partir del momento en que abandona el poder, en perder su carácter de líder nacional. Es que su sacrificio, siendo él mexicano y siendo ser humano, es un sacrificio gigantesco. El hombre de más prestigio el primero de diciembre de 1940, cuando abandona el poder, es Cárdenas.

El presidente sucesor, Manuel Ávila Camacho, es un hombre que carece de prestigio. No tiene por qué tenerlo. Ávila Camacho durante la administración de Cárdenas es secretario de la Defensa, pero es secretario de la Defensa que jamás interviene de una manera espectacular para sostener a Cárdenas. Entonces, es un militar que llega sin prestigio militar. Es un ciudadano que no tiene experiencia política porque no ha sido gobernador de ningún estado, ni ha sido diputado ni ha sido senador. Es un hombre desamparado de todo lustre, de todo brillo político. Sin embargo, Cárdenas le entrega el poder, y se aísla de tal manera a lo largo de toda la administración

de Ávila Camacho, que vive oculto no sólo del hombre del pueblo, vive oculto de sus propios amigos.

Cuando Cárdenas, en la época de Ávila Camacho, asume la dirección del ejército, lo hace porque México, en efecto, está en una situación grave. Porque yo me imagino, entre otras cosas, que el gobierno norteamericano tiene confianza en Cárdenas. Cárdenas será incapaz de cometer una traición a las naciones que están luchando en contra del nazismo; el tendrá sus propias ideas pero no puede traicionar a los países que están luchando en contra del nazismo. Entonces, el pueblo que lleva la dirección de la lucha en contra de las potencias nazis, que es Estados Unidos, ve con muy buenos ojos que Cárdenas sea primero jefe de la Línea de Defensa del Pacífico¹⁷ y después ministro de Guerra.¹⁸ Pero, a su vez, porque hay confianza en Cárdenas. El pueblo de México ve con una gran simpatía que Cárdenas ocupe ese puesto porque entonces los norteamericanos no se sentirán constreñidos u obligados a ocupar militarmente algunos de los sectores de México. Le podrá dar toda la ayuda militar que pueda apetecer México, pero los norteamericanos no ocupan México.

¿Por qué? Porque el viejo revolucionario Cárdenas que expropió a los petroleros y expropió a los terratenientes es, en primer lugar, un gran patriota; en segundo lugar, un enemigo leal y un amigo leal. Y Estados Unidos, pues ve en Cárdenas un ciudadano mexicano que les salva del compromiso molesto: la ocupación de tales o cuales bases en la República de México.

Mientras hay bases en toda América, hasta Chile, bases militares norteamericanas, en México no hay. Y en los Estados Unidos está un gobernante que se esmera en calificarse a sí mismo y a su país como un buen vecino de México, y en efecto es un buen vecino de México, Franklin D. Roosevelt, por un lado, y Ávila Camacho (y sobre todo Cárdenas) por el otro lado, están actuando con suficiente habilidad para que sean de veras amigos los dos gobiernos y no obligar a los Estados Unidos a dar un paso radical ocupando la República Mexicana.

JW: ¿Cree usted que pueda calificarse a Cárdenas como ese nuevo tipo de caudillo popular que surgió al terminar el decenio de 1920, el nuevo caudillo que rigió en muchas partes del mundo durante el decenio de 1930, basando su apoyo en la gente popular?

LCHO: Sólo que Cárdenas tiene una característica: de que contra su voluntad, una vez que abandona el poder, le siguen calificando como líder. Porque él

¹⁷ 10 de diciembre de 1941.

¹⁸ 1 de septiembre de 1942-28 de agosto de 1945.

hace toda clase de esfuerzos para sustraerse a las manifestaciones de su prestigio personal.

JW: Sí, pero ha mantenido su posición de poder. Todavía tiene una posición.

LCHO: De poder que no ejerce él y que él ha hecho todo lo posible por destruirlo. Ya en otra ocasión le decía que Cárdenas, con mucha conciencia o con mucha inconsciencia, se da cuenta de que su función personal dentro de la historia de México es darle prestigio al presidente de la República en turno, cualquiera que sea, militar o no, que comparta con él o no comparta sus ideas. Lo único que salva a México, supongo yo, se ha dicho a sí mismo Cárdenas, o mejor dicho: una de las formas de salvarse México es regularizar su vida política a través de una serie de presidentes de la República que cumplan su periodo presidencial, no estorbados por ningún ciudadano mexicano, por muy grande que sea su prestigio.

Eso es importante para la historia de México, de una importancia enorme.

IDEOLOGÍA Y SUCESOS PERSONALES EN LA VIDA DEL ENTREVISTADO

JW: Una vez nos dijo usted que el historiador mexicano no puede escribir la historia si no ha vivido la política. ¿Cuándo entró usted a la política y cuál fue su ideología al entrar a la política mexicana?

LCHO: Yo entré a la política un poco tarde. Había vivido como un estudioso de la historia hasta el advenimiento de Cárdenas. Al llegar éste al poder, el ministro de Educación, Ignacio García Téllez, me llamó para dirigir el Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación. Pero era un momento tan peculiar en la historia de México, ese año de 1934, que aun el hombre más negado a la política, como pudiera haberlo sido yo, pues tenía que realizar una serie de actos políticos.

Calles, como le decía yo a usted, había tenido una idea muy clara de su declinación como caudillo, como gran dirigente de tales o cuales sectores. Entonces, el 20 de julio de 1935 se expatrió. Pero no todos los callistas estaban quietos. El cardenismo siempre estaba amenazado, no por Calles sino por los callistas. Y naturalmente, los colaboradores de Cárdenas y admiradores de Cárdenas —como yo lo era a la sazón—, pues teníamos que hacer una causa común en forma francamente política.¹⁹ Yo, como jefe del Departa-

¹⁹ Cuando Calles regresó a México el 14 de diciembre de 1935, este frente se organizó para proteger al régimen de Cárdenas y Calles fue deportado por el gobierno el 10 de abril de 1936.

mento de Bibliotecas, algunas veces abandonaba mi responsabilidad administrativa y me ponía a hacer política.

Me pregunta usted qué ideología tenía. Es interesante, porque cuando yo llegué al Departamento de Bibliotecas en 1934 empezaba a liberarme, no debido a la lectura de Marx, sino que creo muy sinceramente, por la abundancia ya de mis investigaciones. Yo había llegado a la conclusión de que el régimen liberal a lo largo del siglo XIX y en la primera década del siglo XX le había hecho a México mucho daño. Entonces, yo no era liberal ya cuando Cárdenas subió al poder. Pero insisto, no por la palabrería demagógica de quienes traían y llevaban a Marx sin haberlo leído, sino por la convicción de que el régimen liberal le había hecho mucho daño a México y le seguiría haciendo daño si México persistía en ese régimen. Fue por entonces cuando elaboré mis dos tomos de *Historia de México*,²⁰ redactados en 1933. La segunda parte, la referente a la Colonia, resulta una historia de la Colonia, es decir concebida alrededor de un estudio de las instituciones económicas; en otros términos, más o menos con torpeza, sin haber leído yo a Marx. Nada más porque soy hijo de mi ambiente, nada más porque no soy liberal empiezo a darle a la historia de México una interpretación que se acerca mucho al marxismo. De tal manera, que cuando se publica el libro y lo empiezan a conocer las gentes, empiezan a decir que es una buena interpretación marxista de la historia de México. ¡Yo, que no había leído todavía *El Capital*! Claro, aquellos elogios me inclinaron a la lectura sobre todo de los capítulos. . .

JW: ¡Para saber lo que era!

LCHO: Para ver lo que era el marxismo. Entonces leí con muchísimo interés ese capítulo histórico que tiene Marx sobre la fundación capitalista en que habla de la reforma protestante en Inglaterra y de sus consecuencias. Pero desde la primera lectura empecé a ver que era posible sustituir la palabra Inglaterra por la palabra México: las mismas consecuencias de despojos de tierras de los campesinos; las mismas consecuencias del robo de las tierras nacionales que sobrevino en la época de la reforma en Inglaterra se habían presentado en México en el siglo pasado. Entonces sí ya me hice francamente antiliberal. Yo tenía la sospecha de que los liberales habían hecho mucho daño, pero la lectura de Marx me convenció, en efecto, de que el liberalismo le había hecho muchísimo daño a México. Y no le voy a decir a usted que a partir de entonces haya sido yo un marxista ortodoxo, porque no voy a dar

²⁰ *Historia de México*, 2 tomos, México, Editorial Patria, 1934. Cursos de historia en las escuelas de segunda enseñanza según los programas oficiales.

más testimonio que los libros que he publicado de 1933 para acá, inclinados francamente hacia el estudio del fenómeno económico. Pero escritos con gran libertad. Yo nunca me he convertido en esclavo de tal o cual línea de pensamiento.

Ya recordarán ustedes que les decía que siendo sumamente joven, casi niño, o un adolescente mejor dicho, abandoné la escuela en son de protesta en contra de mis maestros, que querían imponerme su propio criterio, su método de estudio, etcétera, etcétera. Pues, si había yo adoptado esa actitud cuando adolescente, no tenía motivo alguno para adoptar otra ya cuando hombre. Y quizás eso me ha perjudicado mucho en la vida, porque es una actitud que se traduce en todos los actos de mi vida. Yo siento una propensión, como ustedes lo habrán advertido, de decir con una gran claridad y sencillez mi propio pensamiento, sin cuidarme mucho las espaldas. Aunque otra persona piense de otra manera, que piense como se le pegue la gana pero yo pienso así, así lo declaro y si se acepta bien, y si no se acepta, pues también. Precisamente por eso me siento tan cómodo en la función administrativa que en este momento tengo.

Yo soy consejero de la presidencia de la República, de cuando en cuando doy mi punto de vista, por escrito o verbalmente. Pero no me enojo porque mis puntos de vista no los tome en consideración el presidente de la República, Adolfo López Mateos. ¿Que el presidente de la República echa mis puntos de vista al cesto? Pues que los eche. ¿Que el presidente de la República pueda adoptar alguna vez algún punto de vista mío? Bueno, pues me da mucho gusto. Pero no por eso me califico como el hombre que está conduciendo la mente de los gobernantes de México, ni mucho menos. Yo doy mi punto de vista: si lo toman, bien; si no lo toman, pues también.

JW: Entonces, usted se considera influido por Marx, pero no marxista.

LCHO: Sí, indudablemente que sí. Desde luego, lo que más conozco de Marx, lo que más me agrada y lo que más entiendo, son las páginas de historia económica. Yo no soy economista porque muchas veces no se puede ser dos cosas a la vez. Pero siento mucha dificultad para entender la descripción que hace tal o cual escritor del fenómeno económico. A mí se me facilita bastante interpretar los movimientos económicos de mi país, pero suelo no entender muy claramente las interpretaciones ajenas. Será por ese lenguaje un poco esotérico que tienen los economistas, que no quieren que les entienda uno para no quitarles la chamba.

JW: Sí. Después de la depresión mundial de 1929, en México hubo un ambiente marxista, aunque muchas personas no entendían y no habían leído a Marx. En casi todo el mundo los términos marxistas llegaron a tener mucha importancia. Y, parece que usted, viviendo en la época de la gran crisis del